

LA

REVISTA LITERARIA

PERIÓDICO HEBDOMADARIO DE LITERATURA

DIRECTOR — José Antonio Tavolara.

REDACTORES — Julio Herrera y Obes, Eliseo F. Outes, Gonzalo Ramirez, José Pedro Varela, José Maria Castellanos.

Historia natural y sobrenatural.

EL SÁBIO Y EL COCODRILO.

«¿Qué viene á ser esa mezcla? ¿Qué tiene que ver un sábio con un cocodrilo? ¡Vaya un título!»

Tal deben decir algunos de nuestros lectores al ver una asociacion tan rara y estrafalaria. Ello es que el título de esta leyenda parece ser el de una fábula de Esopo, Fedro ó Lafontaine; pero la historia que reúne no deja de ser cierta, por mas inverosímil que parezca.

Hay en Irlanda una ciudad llena de sábios, en que se discute sobre materias científicas, como de política en Francia, de comercio en Liverpool, de leyes en Córdoba, del amor en Nápoles y de teología en Chile ó Roma. Así no es de extrañar que á fuerza de discutir sobre las matemáticas, todos lleguen á tener una cara parecida á las figuras de geometría. Las pobres hijas de Eva á quienes su infausta suerte unió con esa récu de doctos, si es permitido asociar estas dos palabras tan heterojéneas como el sábio y el cocodrilo que forman el título de esta historia, deben bostezar en términos de luxarse la mandíbula; y las pobrecitas deben de envidiar la suerte de las mujeres de otros países, casadas con hombres menos eruditos y profundos; pero mas galantes, mas airosos, menos lérdsos y menos polvillosos: en una palabra, menos pedantes.

Tal era Mister Adamson, varon sapientísimo, que sabia el latin mejor que el inglés y el griego mejor que el latin, y el hebreo mejor que el griego; sublime, nunca asaz ponderado y doctísimo catedrático, que se las hubiera apostado con Don Marcos Sastre ó el español Feijoo, de soñolienta erudicion y soporífica memoria.

Este caballero era muy feo (Adamson), muy pedante, muy alto, muy rico, y muy corto de vista, si bien remedíaba este defecto con grandes y monumentales gafas. Tenia igualmente una peluca rubia que á veces se ponía al revés.

Hubiera podido Mr. Adamson ser feliz; pero desgraciadamente un pesar secreto devoraba su alma ¿Porqué? Si lo adivinas. lector, te voy á regalar una fotografía del *equilibrador* López.

Pues, señor, lo que atormentaba al doctorísimo Adamson, era que el viajero Bruce no hubiese descubierto la península de Meroe á que alude en propios términos Herodoto.

El hombre es su propio verdugo. Cuando

nada le inquieta, él mismo se forja tormentos. Yo he conocido un ciudadano respetable que falleció del pesar que le produjo el haber sido escluido de la guardia nacional por causa de incapacidad militar, y otro que la noticia del fiasco de su candidatura para Alcalde de barrio, le produjo un ataque de apoplejia fulminante. Ambos espicharon á los pocos instantes de sabida la infausta nueva; advirtiéndole que el primero era mas torpe que un soldado Paraguayo, y ademas algo sordo, sin contar su pusilanimidad, por no decir cobardía; y el segundo paralítico y ciego de nacimiento.

Adamson estudiaba el mapa de Bruce desde las montañas de la luna hasta Hermópolis, sin hallar traza alguna de la verídica península de Meroe—que Herodoto vió con sus mismos ojos. Esta omision minaba la existencia del buen irlandés.

Un día se amostazó, en términos que, sin decir una palabra á bicho viviente, se embarcó para Egipto, costearlo á Francia, la España, la costa de Berberia, que ni aun siquiera se dignó mirar: tan absorto estaba con la península de Meroe.

Por fin, entró en el Nilo, y ni aun se tomó el trabajo de mirar las Pirámides; falta de cortesía que no hizo mella alguna en esos estóicos monumentos, que habian presenciado reunion mas numerosa de sábios, cuando la expedicion francesa en tiempo de Napoleón I; y, despues de algunos días de residencia en el Cairo, prosiguió su camino hasta las ruínas de Karnack.

Apenas se dignó mirar los augustos colosos de Memnon, los criptos de Oximandias, los hipojéos de Sesostris, los llanos de Isis, los obeliscos de Luxor y todas las maravillas de la Tebaida allí reunidas. Continuando ascendiendo el Nilo, vió á Salópolis, Elettia, Apolonópolis, Ombos y Siena, llamada en el día Asuam, y el sábio irlandés, perseguido continuamente por su eterno tema, ni aun siquiera honró con una voz de exclamacion estas ciudades antiguas. ¿Qué afrenta para los manes de Sesostris!

Un día, á eso de las doce, apretaba tanto el calor, cosa muy natural y á la moda en Egipto, que el sábio Adamson no pudo resistir á la frescura con que le brindaba el Nilo, y en consecuencia, despues de madura reflexion, resolvió tomar un baño en ese rio sagrado.

Pero ántes miró en torno con aire investigador, y no descubrió traza alguna de ser viviente. El desierto justificaba su nombre, y nada se divisaba en las cercanías que oliese al menor resto de fragmento mutilado de Isis, Serapis, Ambis, Ibis ú Osiris.

El Nilo dejaba caer sus mansas olas en majestuoso silencio, y bañaba en su ribera izquierda soberbias y anónimas ruinas que por eslabones de peñascos descomunales, remontan á la antigua Elefantina. Confiado en la soledad y en la ausencia de los *police-men* que en Lóndres son tan quisquillosos en todo lo que atañe á la moral, nuestro amigo Adamson se sumerjió en el Nilo, desnudo, como vino al mundo, habiendo tenido la precaucion de poner con cuidado sus botas y vestidos en la orilla.

Daba gracias el sábio á la naturaleza madre, que habia colocado tan fresco rio destinado á bañar tierra tan abrasada y refrescar los miembros del viajero; y al mismo tiempo nadaba como un pez, olvidando la ciencia y acordándose de cuando era niño.

Mientras que así se holgaba el sublime docto, dando fuertes resoplidos como un triton, héteme aquí que vé frente de sí, á corta distancia, una caverna inmensa rodeada de dientes leoninos, y coronada con dos ojos de áscua.

Al momento recordó el sábio una fábula que principia en estos términos:

Bebiendo un perro en el Nilo,

Al mismo tiempo corria.

—¡Oh sábia y prudente prevision de la raza perruna, ó si se quiere, canina! exclamó el sapientísimo Adamson. ¡Cuán superior á la raza humana es el noble cuadrúpedo, leal amigo del hombre!

Y al pensar de este modo, hizo todos sus esfuerzos para llegar á una isla de arena, escollo de las barcas, socorro de los nadadores.

En efecto, era nada ménos que un cocodrilo de la mas bella especie; un lagarto colosal y anfibio, mas feróz que el tigre de Bengala ó el leon del Atlas. El reptil descomunal nadaba presuroso para devorar al sábio, diciendo entre sí: «¡Maldita sea la ciencia que pone tan flacos á los hombres: mas quisiera que este pedante fuese diez veces mas gordo y cien veces mas ignorante. Pero en fin, estoy en ayunas, y á buen hambre, no hay pan duro.»

Adamson consiguió, gracias á la agilidad que le daba el miedo, ganar nadando la isla, creyendo á cada momento sentir en su cuerpo desnudo y frio por el efecto del baño, el ardoroso aliento del cocodrilo; sensacion real ó ilusoria que le producía el efecto de la espuela á los caballos ó la picaná á los bueyes.

Apenas pisó la tierra, creyéndose ya salvo, héteme aquí que se acuerda que el cocodrilo es anfibio, y capaz por consiguiente

de tomarse la molestia de echarle el guante, tanto en agua como en tierra. El sábio, mas muerto que vivo, se encarama á una palmera aislada en el islote, y con una maestría tan asombrosa que una hora ántes ni aun siquiera hubiera sospechado, trepó hasta la rejion superior, y se guareció en el espeso follaje del árbol con la lijereza de una ardilla. Si Adamson hubiese pertenecido á la falsa especie de sábios rollizos y con barriga de fraile, perdido se hubiera visto sin remedio alguno; pero afortunadamente, desde su tierna edad habia aprendido las proposiciones de Euclides, ejercicio intelectual que lo habia enflaquecido en breve, y vuelto apto para trepar á la parte superior de las palmeras.

Adamson tomó la posicion mas conveniente en el árbol en el cual se habia atrincherado, y miró el Nilo que se extendía á sus piés. Pero ¡qué espantoso espectáculo! En el mismo momento salía del agua el cocodrilo, sacudiendo su escamosa armadura, y el pez vuelto cuadrúpedo se encaminaba al pié de la palmera.

El sábio, al momento registró en su memoria todo cuanto ha sido escrito sobre los cocodrilos, y se imaginó haber leído que estos anfibios escalaban las palmeras.

—¡Oh, Dios mio! exclamó. Permitid que nosotros los sábios nos engañemos completamente en este punto.

De repente estremeciósese hasta el tuétano de los huesos, al recordar que él mismo habia escrito en la *Belfast-Review*, que los cocodrilos suben y trepan como los gatos á la cima de los árboles, y que uno de ellos hasta llegó á bailar el *solo inglés* en el alambre flojo.

Adamson se desesperaba por haber emitido tal asercion, y hubiera querido echar al fuego su artículo; pero ya no era tiempo, pues toda la ciudad de Belfast habia leído su noticia, la cual habia sido traducida en Arabe, sin que nadie hubiese pensado en refutarla, ni aun siquiera en Cocodripolis.

Mientras que así se abandonaba á sus reflexiones, llegó al pié del árbol el feróz anfibio, y manifestó la mas viva alegría al descubrir al través de las hojas al sábio desnudo.

Después de haberlo mirado de hito en hito por algun tiempo, dió repetidas vueltas al derredor del tronco, como deseoso de examinar el terreno, y cambiar el sitio en bloqueo, en la imposibilidad absoluta de tomar la plaza por asalto.

Aquí conviene tributar un elogio á que es acreedora la verdadera ciencia. Apesar de las preocupaciones del momento, Adamson no pudo menos de desazonarse á lo vivo al certificarse que habia cometido un error en historia natural, al sostener que los cocodrilos sabian trepar por los árboles y aun bailar en la cuerda, y se prometió el no retractarse en público si llegaba á escapar del inminente peligro que lo amenazaba, pues que habia procedido con convicción al escribir su noticia; el hecho era ya del dominio científico, y es claro que, por mas que se hubiese certificado de lo contrario, aun salvando su vida, un sábio debè ser firme como el varon justo de que habla Horacio, y no cambiar de opiniones como de posicion una veleta, ó de novios una coqueta.

Formidable era la actitud del cocodrilo,

y el bloqueo se mostraba en toda su evidencia estratégica. La pericia del astuto anfibio, le ponía en un aprieto mas grave que el en que se halla el gran guacamayo Estigarribia en su palmera de la Uruguayana, y como este, no podia esperar en otra cosa que en la Providencia. El sábio pensó que, si escapaba de la situacion en que se hallaba, podria demostrar que, prescindiendo de la facultad de trepar, los cocodrilos poseen instinto suficiente para establecer un bloqueo en toda forma á cualquier sábio, ya sea flaco ó gordo: en otros términos, que nacen con el talento militar, conjenial é innato, como los castores con la aptitud de arquitectos y albañiles.

Ostentando su mole desmensurada, arrostraba el cocodrilo los rayos del sol tropical, como un verdadero lagarto que parece decir al astro del dia:—«Apuesto á que no me cuéces.» El mónstruo aguardaba á que bajase el sábio, y el meneo de su cola parecia decirle: «Por mas sábio que seas, no te me escaparás, si no es que has descubierto la facultad de volar.»

Por su parte, el profundo y azorado Adamson estudiaba las costumbres del horrendo Sauriano, y á sus accesos de observacion científica, sucedian estremecimientos correlativos de pavor, que helaban su sangre y lo hacian tiritar de frio, apesar del calor hirviente que esparcía el sol de Egipto, calor capaz de derretir los sesos del sábio... si algunos tuviera, estoy por decir con Cervantes. Es verdad que este grande hombre aplica esa restriccion, no á un naturalista celeberrimo y sapientísimo nacido en las islas Británicas, sino al caballero de la Triste Figura, que salvo á la hora de su muerte, es sabido que siempre tuvo el juicio al revés.

Las horas de bloqueo tienen doscientos cuarenta minutos, pero en fin, pasan como las demas; y, con alas ó muletas, el tiempo nunca detiene su carrera.

El sol inclinóse al horizonte, la noche sobrevino después de un lijerísimo crepúsculo, y los últimos rayos del astro candente, mostraron al sábio á su enemigo, echado inmóvil por tierra, como el nudoso tronco de un roble añoso.

¿Qué demonios puede hacer un Académico encaramado en un árbol, sinó pensar, temer, esperar y acordarse? Adamson recorrió el museo de su memoria para evocar la imájen de un hombre, sábio ó nó, que se hubiese hallado en tan penosa situacion, y por último acordóse de su compatriota Robinson Cruzoe, el cual pasó una noche entera sobre un árbol como los pájaros. Adamson se dijo así mismo, que el árbol solitario era probablemente una palmera, lo cual argüía evidentemente que, si bien difícil, no era totalmente imposible pernoctar en alcoba tan estrecha. Además, no hay que olvidar, que en ciertas posadas inglesas, el anchuroso mueble llamado *bed* por los hijos de Albion, no es mucho mas blando; y no hay que olvidar que un sábio, de cualquier nacion que sea, es, bajo este punto de vista, rival de los ciudadanos de Esparta ó los austeros hijos de la Romana loba.

(Continuará)

B. M.

La madre cristiana.

BALADA.

—¿Por qué lloras, jóven madre, en tanto que el sueño velas de esa preciosa criatura en la edad de la inocencia?
—Miradla, Señor; no hay otra mas garrida en esta tierra. A sus parientes dá orgullo; causa al extraño sorpresa; madres sin hijos la envidian; madres con hijos la anhelan. Mas parece, que mortal, un ángel que Dios me presta, y vivo siempre temiendo que me recoja su ofrenda.

—Angela, el tiempo convi-da; vé á vagar por la floresta; toma el cesto de los dulces, y con otras niñas juega.
—Mamá, déjame á tu lado; que estoy junto á tí contenta, y Dios sabe los momentos que pasar juntas nos quedan. Soné esta noche, que un ángel de imponderable belleza me remontaba en sus alas hácia regiones inmensas, y me decía sonriendo: *Niña, la gloria te espera!*

—¡Señor, tú que me la diste, tén de mi angustia clemencia!
—Mamá, mi sueño se cumple; y el ángel bello se acerca; ya circuye mi cintura; ya sostiene mi cabeza; ya me estrecha á su regazo; ya sus alas se desplegan. Adios, madre; mas no llores; que al supremo bien me lleva; pues me dice sonriendo: *Niña, la gloria te espera!*
—¡Señor, recojes tu dón; bendita tu mano sea!

J. Velazquez y S.

Oriental.

Por entre agrupadas nubes,
La luna asoma plateada,
Y su luz es reflejada,
Del arroyo en el cristal.
Murmura el viento sus quejas,
Que repite la arbolea
Y la montaña remeda,
Como un éco sepulcral.

En medio de ese misterio
Que imprime la noche al alma.
Cuando en soledad y calma,
Descansa la humanidad;
Llega Selim sigiloso,
Hasta el pié de una ventana,
Do la adúltera sultana,
Lo espera con ansiedad.

Luz de mis ojos, estrella,
La mas bella,

Del cielo hermoso de Alá,
Descorre tu celosia,
Vida mia,

Tu siervo esperando está;
Al punto abrió la ventana,
La sultana,

Que al fiel amante escuchó;
Y su angélica hermosura
La luz pura,

De la luna descubrió.
Rápidas iban las horas,
Voladoras,

Que fácil rueda el placer;
Y por su amor fascinada,
Descuidada,

La mora olvidó á Kader.
Entre el follaje perdido,
Cual ruido,

De sierpe astuta y falaz;
Escuchó la mora amante,
Y un instante

Turbóse su hermosa faz.
Parte Selim adorado
Que he escuchado,

El follage murmurar.
¡Partiré! pero otro beso,
Mi embeleso,

Ya que te debo dejar!

Y un beso resonó profundo, ardiente,
De esos que á veces valen una vida;
Y al mismo tiempo de puñal luciente,
Brilló la hoja en el aire suspendida.
¡Perdon! clamó la mora delirante,
Y tres veces se alzó el puñal airado
Y á la luz de la luna agonizante
En propia sangre vió á Selim bañado.

Fernán Perreira y Artigas.

Buenos Aires, Enero 17 de 1859.

Armonías del destierro.

FLORES Y ABROJOS.

En su capricho infantil
Ella las flores deshoja
Y al instante las arroja
Burlando al viento sutil.
Así, loca juventud
Con las ilusiones juega,
Y á mofarse audaz se entrega
De la santa senectud.

En tanto el tiempo volaba;
La edad la llegó de amores
Y en vez de jugar con flores
Con corazones jugaba.

Vinieron luego otros años
Cubiertos de nubarrones,
Y presa de las pasiones
Acarició desengaños.

De una ilusión el encanto
A veces su alma divisa;
Mas detrás de la sonrisa
Asoma siempre su llanto.

¿Qué se hicieron peregrinas
Sus auroras encantadas?

¡Ayer flores perfumadas!
¡Hoy hojas secas y espinas!

Ondina de mis riberas,
Hurí de los negros ojos
Que escuchaste sin enojos
Mis endechas lastimeras.

Tú que del pobre proscrito
Al dolor brindas consuelo
Y soñar lo haces del cielo
Con el halago infinito;

¡Maga de los labios rojos!
Esta historia en conclusion
Dice: que las horas son
Mezcla de flores y abrojos.

A CUATRO HERMANAS.

(En su album.)

Cielo sin nubes, flor sin espinas,
Es, niñas bellas, la juventud,
Cuando sus horas mas peregrinas
Dan el perfume de la virtud.

En este libro mi poesía
Quereis que deje huella fugaz;
Mandais vosotras y el alma mia
Un himno os alza de amor y paz.

Tan hondo encanto vuestra pureza
Lleva y es tanta vuestra hondad,
Que mi fé brilla con mas fijeza....
¡No es tan mezquina la humanidad!

Mas si algun dia la fama vária
Que aumenta os dice mi adversidad,
Leed esta hoja y una plegaria
Por mi alce al cielo vuestra amistad.

Que cuando elevan las almas puras
El santo aroma de la oracion,
Dios se sonrie....y en las alturas
Reluce el iris de bendicion.

A GUILLERMO MATTÁ.

En el estrecho linde del camino
Te sientas, fatigado peregrino.
Y atravesando tu deseo el monte
Te finjes de la patria el horizonte.

Otra luz, otro cielo y otros mares,
Distinta inspiracion, nuevos cantares,
Siempre en tu ser reflejan la que hermosa
Tu espíritu acaricia, dolorosa
Memoria de la América. Perdida
Aun no está la esperanza bendecida,
De cambiar su fatídico presente
Por el sol del mañana refulgente.
Cumplamos la mision que en este abismo
Nos señaló la mano del Dios mismo
Y si un óbolo no, nuestra desgracia.
Sea ofrenda en tus aras ¡democracia!

Nunca la fé de iluminarte cese.....
¡Canta poeta! tu destino es ese.....
Y soldado constante de la idea
Lucha y vence ó sucumbe en la pelea.
¡Otros vendrán!... La humanidad ha visto
Amargo caliz apurar al Cristo.
¡Otros vendrán!... Para ellos la victoria
Que el martirio tambien tiene su gloria.
¡Otros vendrán!... el sitio de los buenos
Que caen leales, bravos y serenos
Jamás queda vacío: que es la santa
Causa del libre, alcion que se levanta
Y al renacer de su helida ceniza
El triunfo del derecho profetiza.
Llenemos nuestro fin, republicanos,
En el destierro y principio hermanos.

SECRETO.

¡Tú tambien! ¡tú tambien! De mi tormento
Una gota aumentar al caliz quierres!....
¡Corazon! ¡corazon! si al sufrimiento
Mezquino y débil eres,
¿Por qué no estallas dentro el pecho mio
Como en su cauce desbordado rio?

HORIZONTE.

Hermosa eres ¡oh nube!
Contemplada á lo lejos
Teñida por los débiles reflejos
Del magnifico sol que á Oriente sube!
Un mundo de ilusiones
Al espíritu lleva
Cada cambiante nueva
De la luz que arrebola el firmamento,
Mundo aéreo en que imperan las ficciones
Como en el mundo real el finjimiento.

¡Al monte! ¡A la colina!
¡Sigamos esa nube! ¡Al monte! ¡Al monte!
Acerquémonos mas y la cortina
Que ciñe el horizonte
Tal vez descorra nuestro ardor reacio....
¡Espacio! ¡Espacio! ¡Espacio!

Cárdena está la nube que hace poco
Tornasolada vimos,
Cuando del sol el gigantesco foco
Reflejando oro y grana descubrimos.
¿Será que la tormenta se avecina?
¿Del astro rey creció la lontananza?
Piensa, razon mezquina,
Y busca la razon de esa mudanza.

¡Nó! ¡La nube es la misma! Fué su encanto
Opticismo fatal de los sentidos.
¡Recuerdos del pasado que amé tanto!
Os vi como esa nube destruidos.
Aun arrancais á mis pupilas llanto;
Aun despertais del corazon jemidos;
Sois nube que del sol á los reflejos
Triste es de cerca, espléndida de lejos.

¡Sí! ¡La nube es la vida! Las cambiantes
Con que el sol la arrebola
¡Ay! son las ilusiones deslumbrantes
Tras las que audaz la juventud se inmola.
¡Al monte! ¡A la colina! En esos años
Todo goce apurar ávida ansia
Y encuentra al fin ¡caudal de desengaños!
Solo la realidad pálida y fria.

AURA.

¡Timida brisa de la triste noche!
Tú que á la patria de mis sueños sigues
Lleva á la hermosa por quien pena el alma
Mi intimo duelo.

Dila que lejos de sus ojos dulces
No hallo colores en la luz de Oriente;
Dila que al que ama con pasion tan honda
Muerte es la vida.

Dila que siempre de su afecto digno
Una existencia borrascosa arrastro;
Dila mis penas infinitas, dila
¡Cuánto la adoro!

¡Vé misteriosa mensajera!.... ¡Vuela!
Los rizos blondos de mi amada mece
Y en ellos tierno, palpitante, grato
Déjala un beso.

DUENDE.

— ¡Abuela! ¡Abuela! ¿Qué es lo que siento?
¡Pálida estoy!.....

¡Ya de mis ojos huyó el contento!.....
¡Mi sombra soy!

¡Abuela! ¡Abuela! ¿Por qué me ajito
De noche yó?

— Es que algun duende rubio y bonito
Te fascinó,

No abras ¡oh niña! la celosia
De tu balcon.

Que vaga en medio la noche fria
Mala vision.

Como un fantasma que se recata
Va tentador

Duende galano, que serenata
Brinda de amor.

¡Ay de la incauta, linda doncella
Que se asomó

Y que del duende la frase bella
No desoyó!

¿Volar has visto la mariposa
De flor en flor?

Así es el duende, cara de rosa,
Que miente amor.

Y la inocente que su falsia
No sospechó

¡Ay! para siempre, paloma mia,
La infamia halló.

Al lecho véle....tu luz enciende....
Cierra el balcon....

Y no te asomes si toca el duende
De maldicion.

Calló la anciana. La niña
Una lágrima enjugó

Y dijo, ahogando un suspiro:
— ¡Abuela!.... ¡ya es tarde! ¡adios!

VOZ DEL ALMA.

¡Lo quiso Dios! Me dió por compañera
El arpa del poeta planidera

En medio á la afliccion;
Con ella la esperanza tan querida

Que sobre mi alma por el rayo herida
Vierte consolacion.

¿Por qué cantan las aves á la aurora?
¿Por qué la luz los horizontes dora

Y da aromas la flor?
¡Todo en la creacion es armonia!....

Así tiene tambien su poesia.
Misteriosa el dolor.

LA DEMOCRACIA.

(A Lorenzo Garcia, en el Perú.)

I

JÓVEN.— ¡Padre! Me espera el combate....

Mi potro la sangre husmea
Y volará á la pelea

Sin sentir el acicate;
Mas dudo de la victoria

Que es muy fuerte el enemigo.

ANCIANO.— Mi bendicion va contigo
Y vivirás en la historia.

II

JÓVEN.— ¡Padre! Al bote de mi lanza

Muchos el polvo mordieron
Y al cabo todos huyeron....

¡Fué terrible la matanza!
Hemos vuelto á la ciudad

Y estamos de heridas llenos.

ANCIANO.— Con la sangre de los buenos
Seriega la libertad.

III

JÓVEN.— ¡Padre! ¡Me siento morir!.....
 ¡Destino ingrato y cruel!
 Que á la sombra del laurel
 Mi fosa se haya de abrir!
 ¡Señor! ¡Que tu eternidad
 Venturosa á mi alma sea!
 ANCIANO.— Mártires hace la idea
 Que salva á la humanidad.

SIGLO DE ORO.

(soneto.)

De Baltasar en el festín se sienta
 La sociedad y estúpida se embriaga:
 De su presente la abyección la halaga
 Porque no tiene el porvenir en cuenta.

Si un cuadro de dolor se le presenta
 En torno suyo indiferente vaga....
 La fé su luz esplendorosa apaga
 Ante la luz del oro amarillenta.

¡El hombre no ama al hombre!... El mundo aleye
 Del egoísmo relijion va haciendo!
 ¡Pobre mortal del siglo diez y nueve!
 ¿Qué habrás de responder cuando tremendo
 Te pregunte el Eterno soberano—
 ¡Cain!!! ¡Cain!!! qué has hecho de tu hermano?

Ricardo Palma.

Valparaíso, Marzo de 1861.

De la libertad.

Lo pregunto con buena fé, sin pasión y sin malicia ¿habrías votado, electores de París, por M. Thiers, si hubiéseis conocido su definición de la libertad?

Vosotros, los que defendéis la libertad, ¿os habrías imaginado que la opresión de los romanos, el poder temporal del Papa, Antonelli, Merode, el derecho divino en sus aplicaciones mas insolentes, el degüello de Perugia, el rapto de los niños judíos y todas estas iniquidades que hormiguean en aquella sentina de Roma (como decía Lutero) fuesen el comentario lógico y lejítimo de la libertad de conciencia?

La palabra libertad está de moda: tanto mejor, eso hace honor á nuestra época. Pero bueno sería entenderse al fin y saber lo que se quiere decir con ella. Y á M. de Falloux y sus amigos han hecho pasar al espíritu humano bajo las horcas del jesuitismo, á nombre de la libertad de enseñanza. Si permitimos que M. Thiers, á nombre de la libertad de conciencia, decreta la esclavitud ilimitada de seiscientos mil italianos, será preciso que en adelante el género humano se ponga en armas al oír la sola palabra de libertad. Si M. Thiers alcanzara á llegar al poder, sería capaz de proclamar, arrastrado por la liberalidad de su viejo liberalismo, las libertades mas terribles para nosotros: la libertad de poner mordazas, la libertad de encarcelar, la libertad de apalear, la libertad de cortarnos la cabeza. ¡Acordáos, cándidos electores, de cierta ley del 31 de Mayo que concedía á la *ruin multitud* la libertad de no votar en adelante!

En concepto de estos caballeros, somos nosotros los enemigos de la libertad, porque queremos emancipar á todos los pobres del país enseñándoles á leer.

Somos nosotros los facciosos, porque pedimos la aplicación de las leyes.

Una detestable congregación, enemiga declarada de todas las ideas modernas, monopoliza, no solamente millones, sino jeneraciones de almas, capta las herencias, falsea los espíritus, corrompe las almas, pre-

dica abiertamente el odio á nuestros principios, el desprecio de nuestras instituciones. Pedimos que se impida á los jesuitas que prediquen el horror á la libertad, y se nos obliga al silencio, á nombre de la libertad.

Los filósofos reclaman el derecho de no pagar los gastos del culto, y dan motivos que no admiten contestación. El culto les es indiferente, por no decir que les es desagradable. El que no frecuenta las iglesias no tiene para que edificarlas y amueblarlas, y *aquel á quien injurian públicamente desde el púlpito debiera ser dispensado de mantener á sus injuriadores*. Se nos dice que la conciencia de los fieles no se dilata con comodidad sino en templos muy vastos y muy adornados, en medio de un clero numeroso y bien alimentado; que este lujo, calculando lo mas bajo posible, cuesta 46 millones al año, y que, rehusar un centavo de los 46 millones, sería violar á la mas santa libertad, la libertad de conciencia. ¡Cáspita! Es una felicidad que la conciencia de los católicos se haya humanizado desde un siglo ó dos á esta parte; pues si volviese á alicianarse á las tostaduras, nos pediría, no solamente nuestro dinero, sino nuestros cuerpos también, siempre á nombre de la libertad.

Pudiera creerse que exajero. Pero no, eso se ha visto. Es cierto que en los tiempos pasados los inquisidores eran hombres simples, que llamaban las cosas por sus nombres. No murmuraban motes de libertad al correr los cerrojos del Santo Oficio; no tenían el talento de burlarse de un pobre diablo llevándole á la muerte y diciéndole: «¿Ves esa hoguera? Pues bien; yo le doy el nombre de banco de hielo.»

Los escépticos han inventado un argumento que sería muy jocoso, si no concluyera en la mas atroz iniquidad. Es el siguiente:

«La conciencia de 36 millones de individuos necesita un jefe que mantenga la unidad católica; exige que ese jefe resida en el exterior y que sea independiente. Pues bien; como no hay independencia sino en la soberanía, nuestras conciencias quieren absolutamente que el Papa reine en Roma y que oprima á 600,000 italianos que no nos han hecho nada.»

Admito que haya entre nosotros 36 millones de católicos clericales y ultramontanos lo que no es verosímil. Entre los ciudadanos franceses que han sido bautizados en una iglesia católica, se hallará, creo, un número de deístas, de racionalistas, de ateos, de positivistas, de escépticos, y sobre todo, de indiferentes. El viejo dicho popular: «Me burlo de eso como del Papa,» es de origen francés; y no creo lo hayamos traducido del alemán y del inglés.

Pero aun cuando la conciencia de M. Thiers, la mía y la vuestra, lector, tuviesen necesidad de poseer un rey-sacerdote fuera del país, ¿podría decirse lógicamente que este rey debe oprimir á 600,000 hombres? Jamás conciencia cristiana ha podido abrigar y formular pretensiones tan exorbitantes.

Los romanos de la ciudad están, según M. Thiers, muy agradecidos al papado. El eminente orador, que es á mas un gran historiador, ha descubierto que Roma todo lo debe á la sociedad cristiana. Fué un Papa

quien venció á Anibal y destruyó á Cartago; varios Papas de jénio fueron los que conquistaron la España, la Grecia, la Galia, la Germania, el Asia y el norte de la Africa. Escipion, Mario, César y otros cristianos eminentes hicieron de aquella feliz ciudad «la capital de uno de los mas grandes imperios del mundo.» El historiador nacional lo dice; es preciso creerlo. «Y estos monumentos, añade, estos monumentos inmortales que atraen al medio de ellos el concurso de todos los pueblos del mundo, ¿á quién los deben? á la cristiandad.» Verdaderamente, la ciencia es una cosa grande, y nada es mas útil que escuchar á los grandes historiadores.

¿Será cierto que un sacerdote no pueda ser libre, si no es déspota? ¿Será menester admitir ciegamente, ó solo porque así lo dice un hombre de talento que «no hay independencia sino en la soberanía?» Para casar primos entre ellos, indagar casos de conciencia, discutir gravemente cuestiones de liturgia, escomulgar las ideas modernas, poner á Dumas padre y á Dumas hijo en el Index, y canonizar á un jesuita, de tiempo en tiempo ¿será absolutamente necesario llevar corona en la cabeza y sellar moneda?

Si no se puede, acomodar las cosas, y si las conciencias católicas permanecen á este respecto intratables, ¿será absolutamente necesario que el Papa reine en Roma y no en otra parte? *Bastante largo tiempo se ha sacrificado á los romanos; bueno sería franquearles la libertad y ofrecer otras víctimas al papado.* ¿A quién le toca?... Nadie contesta. El mismo M. Thiers no consentiría en alojarlo en Francia. Quiere dejarlo en Roma, porque M. Thiers es amigo del Austria y enemigo de la Italia. Cuenta con los destrozos que una bula olvidada, un casco de granada ó cualquier otro cuerpo inerte produce con el tiempo en un cuerpo vivo.

¿Queda por saber si la nación francesa está en favor del Austria, con él, ó en favor de la Italia, contra él!

El canónigo Salvador Petronio Russo, siciliano de origen y jesuita de profesión, ha publicado un folleto en que defiende, él también, el poder temporal, á nombre de la libertad de conciencia. Este opúsculo, en que la fé mas viva y la polémica mas ardiente reemplazan ventajosamente la erudición y la lógica, ha sido traducido en Dijon por el abate Victorino Simonet, quien lo ha enriquecido con sus observaciones personales. Tal vez no conocéis á Simonet, y Petronio no habia tampoco conseguido todavía que su nombre llegase á la memoria de los hombres; pero uno de los dos, á lo menos, merece ser *clavado* en esta página, á la vista de toda la jente honrada. Es EL QUE ROBÓ EL PEQUEÑO COHEN A SUS PADRES, Y DE ELLO SE GLORIA.

En Francia y en todos los países donde la Iglesia no es enteramente soberana, tal crimen no sería tolerado. En Roma, bajo la protección de la bandera francesa, no solamente ha quedado sin castigo, sino que ha sido sancionado por el jefe del Estado, quien ha hecho de ello su negocio personal.

Hé aquí cómo tuvo lugar el hecho:

Petronio tenia amistad con dos zapateros remendones de su país, borbónicos y fanáticos. Estos tenían sus tiendas á dos pasos del Ghetto. Undia que el canónigo habia ido

á visitar á sus amigos, los halló discutiendo con un judío, vendedor de pañuelos. No se trataba ni de cueros ni de jéneros, sino de una comparación del catolicismo con la religión de los hebreos. El canónigo tomó parte en la conversacion con aquella suave autoridad que se admira en los sacerdotes, en todos los lugares donde ellos dominan. Confundi6 al judío y le cerr6 fácilmente la boca. Los que saben cómo se tolera en el Ghetto la libertad de conciencia, adivinarán que el pobre vendedor no se atrevió á contestar gran cosa. Un aprendiz de once años trabajaba en un rincón. Petronio, vencedor, despues de haber obligado al enemigo á batirse en retirada, se vuelve hácia el muchacho, y le dice:

— «¿Sabias estas bellas cosas? ¿Las habiais oido decir tan elegantementé en el catecismo?»

— ¡Bah! dijo el zapatero, ese es hijo de judío.

— ¡Buen Dios! no tiene fisonomia de judío. Dime, muchacho, ¿tendrías por acaso deseo de hacerte cristiano?

Si.»

Hé aqui lo que se ha llamado una vocacion milagrosa. Al oír esto, Petronio abraza al chiquillo, le hace persignarse, y le enseña el *Dios te salve* en latin. Era el 8 de Julio. El 26 del mismo mes, los zapateros, en compañía de otro sacerdote siciliano que pasaba por casualidad, conducen al niño á la casa de los catecúmenos. Lo mandan á Frascati, donde un cardenal se convence de su vocacion, y en fin, el 29 de Setiembre, lo bautizan, á pesar de los gritos y de las lágrimas de sus parientes.

Se celebró el bautismo en el noviciado de los RR. PP. Jesuitas. El padrino fué M. de Maistre, nombre bien conocido en la historia de la libertad de conciencia.

Petronio habla con el mayor desprecio «de las reclamaciones del embajador de Francia»; cita la Constitucion de Benedicto XIV (24 de Febrero de 1747), segun la cual se puede convertir á un niño sin el consentimiento de su padre, cuando ha llegado á la edad de razon, es decir, á los siete años. El jóven Cohen tiene once años.

Que se hallen Papas capaces de autorizar estas infamias, jesuitas y zapateros capaces de cometerlas, y aun un sacerdote francés capaz de traducir la insolente narracion, no es lo que me escandaliza. Pero que M. Thiers defienda la libertad de conciencia en el mismo espíritu y casi en los mismos términos que un Petronio Russo, eso me aflige.

Edmundo About.

Claudina

por

J. O. B.

I.

EL HUNMIRI.

Era la tarde del día 11 de Marzo de 1847. Una nube rojiza con vetas negras, anuncio infalible de tempestad, se ostentaba bajo la cima blanquecina del Yllimani (1). El

(1) El tercer cerro del mundo por su altura, pues tiene 28,614 piés de elevacion sobre el nivel del mar y se conserva siempre nevado. Está situado á las doce leguas al Este de la Paz, y de él se desprenden la mayor parte de los rios que riegan los ardientes y fértiles valles que se llaman Yungas.

astro del día, pronto á negarnos su encendida luz, diferentes obeliscos dibujaba en lontananza sobre aquella cabeza llena de canas, que parecia enorgullecida con mirarse tan superior y casi á la altura de la nube que sostenia. El buitre sin embargo se ceñia á tan inmensa elevacion y con la vista fija hácia la tierra, buscaba un objeto cualquiera que sirviera de alimento á su rapina. El crepúsculo, último adios del día que se vá y anuncio de la noche, reflectándose todavia en las blanquiscas ondulaciones del gigante de Bolivia (2), alumbraba débilmente las cenicientas rocas del Hunmiri (3).

Un terrible huracan, de los que tan frecuentemente se dejan sentir á estas horas y en la estacion de las aguas, hacia oír á lo lejos sus tremendas detonaciones; pero de repente cubriéndose la atmósfera de un manto negro y aterrador y bramando furiosamente una espantosa tempestad, parecia anunciar algo que la imaginacion no preveía.

II.

LA PAREJA.

A estas horas solo una pareja, solo dos seres permanecian impasibles é indiferentes á la tormenta que se extendia sobre sus cabezas.

En la estrechez de aquellas rocas, en la soledad de aquellos baños veianse sentados sobre el césped dos jóvenes, un hombre al parecer de 28 á 30 años, de elevada estatura, de pelo largo y crespo y de poblada barba, ambos negros como el ébano y descuidadamente acomodados, descansaba apoyada la cabeza en la mano izquierda. El peto de Julian (4) estaba desprendido, y por la abertura de él salia un relicario pendiente de una cadena de pelo: su mano derecha se veia sobre las faldas de una jóven que apenas acabaria de pasar el tercer lustro. Claudina, de talle esbelto y de cabellos rubios, sentada al lado de su amante, miraba silenciosa al través de aquella escasa luz el pálido rostro de Julian; parecia que adormido no sentia la tempestad que se desgajaba, y ella cuidadosa pedia al cielo en melancólica mirada, no despertara al que asumia todos sus pensamientos, al único ser por quien amaba la existencia.

La tempestad sin embargo, bramaba como nunca.

El gorrión, el chiguanco, y en fin, diferentes clases de avecillas, propias de aquellas soledades, veianse atemorizadas, buscar asilo bajo techos de donde en otras circunstancias huirian despavoridas.

(2) Llámasele así al Yllimani que antes hemos mencionado.

(3) Pequeño cerro al Sud del Yllimani en la quebrada que se llama de Zapaquí, cuyo nombre lo da una villa de este nombre que sirve de cantón á los cuerpos del ejército de línea de Bolivia. En este cerro hay dos manantiales, uno de agua fria y otro caliente, situados á dos varas uno de otro perpendicularmente. El propietario de la finca á que pertenece este cerro, hizo construir unos baños que servian gratuitamente para el público con lo que hizo un inmenso bien porque el agua termal consta de azufre y magnesia.

(4) José M. Bustillos, héroe de esta obra, y á quien el autor ha dado el nombre de Julian, servia en un batallón de infanteria de línea de Bolivia, y era Sargento Mayor graduado con mando de compañía.

Claudina, vestida de blanco y con el pelo suelto y húmedo todavia por el baño que acababa de recibir, parecia en aquella oscuridad una de esas imágenes que vemos entre sueños, pero que la mano del hombre no alcanzará jamás.

Un luminoso relámpago cortejado por un aterrante trueno, sacó á Julian de su adormecimiento, y al sentirse asido fuertemente de la mano, miró al objeto querido que tenia á su lado; miró los azules y celestiales ojos de Claudina fijos tiernamente en él, pero como un fuego con que jamás los viera arder; vió en aquella mirada la pureza de un ángel, el fuego divino que la animaba. Una lágrima, que era una gota de coral, rodaba en aquel momento por las encantadoras mejillas de Claudina.

Julian, entonces viéndola acongojada, llorosa, la dice:

Amada mia ¿porqué lloras? ¿qué motivo hay en tu corazon para esa tristeza? ¿acaso no te amo? ¿He podido yo cometer alguna falta, alguna accion que te indique que vales para mí menos que otra? oh! no, hija mia! tranquilízate, persuádate que eres para mí el único ser querido que hay sobre la tierra, la adorada demi alma; en fin, que no tengo otro pensamiento sino tú.

— Julian mio, le dice ella con una voz llena de miel y cuyo temple solo el amor puede explicar, quisiera tener motivo para oír siempre de tus labios esas palabras que tanto me animan, ese lenguaje que yo, si lo comprendo, talvez no pudiera explicarlo sino por los efectos que me causa: me creo muy feliz con verme amada de tí, y algunas veces me siento hasta orgullosa con ser tu querida. Sí, Julian mio; muchas veces, mirándome al espejo, he dicho para mí: hoy voy á estar muy hermosa, mas me ha de querer Julian, he de merecer mejor su cariño, sus halagos, esos halagos que me hacen dichosa; oh! yo deliro y me vuelvo loca cuando traigo á la memoria estos recuerdos! no obstante, quisiera siempre estar hablando de ellos.

Estas palabras, sin embargo, que en otras circunstancias hubieran sido deleitosas á Julian, hoy eran gotas de plomo derretido que caian sobre su corazon.

Claudina, que creia advertir alguna cosa que la sobresaltaba en el ademan de Julian y poco satisfecha de los halagos que él la prodigara en aquel momento, continuó instando á su amante á que se explicara, á que la sacase de aquella ansiedad mortal en que se hallaba.

— Julian mio, le dice; yo creo que tú sufres algo, que tienes algun pesar, y que tal vez el temor de disgustarme te hace reservarlo. Ábreme, ábreme tu corazon; confía á tu amiga el motivo de tu disgusto, que yo, aunque débil y rústica mujer, sabré sacar recursos para mitigar tus penas. Sí, mi Julian; cree á mi corazon, á mi amor; en él hemos de hallar ese consuelo que las almas sensibles como la tuya necesitan.

Animado Julian con aquel lenguaje tan seductor (¡y cuándo la mujer no seduce!) se resuelve á empezar una tarea que la creia superior á sus fuerzas.

— Y bien, la dice; poco tiempo há que vivimos juntos, pero jamás en él ha habido entre nosotros ninguno de esos disgustos domésticos que son tan frecuentes en la vida. Siempre he procurado conservar tan fres-

co mi amor para contigo, como esos rocíos matinales que reverdecen las plantas; puro mi cariño como el aliento de una flor, solo ha mirado en tí á un ángel, pero un ángel cuya dependencia inmediata al ser que la anima era imperecedera. No obstante todo esto y ardiendo cada vez mas por tí en un fuego amoroso que me abrasa, no ha faltado un motivo que turbára mi sosiego. ¡Oh! tú no puedes comprender todo lo que siento, todo lo que sufro, todo lo que padezco.

Asustada Claudina con este lenguaje y creyendo ser ella la causa, le dice:

—¡Por Dios, Julian! espícame de modo que te entienda; sácame de esta duda cruel en que me has colocado con lo que acabas de decirme.

La tempestad, que parecia alejarse, hacia sentir todavia sus terribles efectos, y al despedirse, dejó en el ánimo de aquellos amantes un recuerdo tan funesto, como triste y melancólico era el estado de sus almas.

La noche habia entrado ya y Julian tenia que volver donde estaba su batallón á ponerse al frente de su compañía. Duro le era separarse de Claudina en aquellos momentos, mucho mas cuando le quedaban tan pocos dias para estar á su lado, pues creía, segun el estado de las cosas en Bolivia, que la campaña sobre el Perú debia emprenderse, y el honor militar triunfaba en aquel hombre que pertenecía á un país acostumbrado á vencer en sus guerras nacionales. No obstante, el dolor de ver sufrir á una jóven que no tenia otro crimen que el de amarle con locura, lo decidió á explicarse con Claudina y á pasar con ella aquella última noche.

III

LA CONFESION.

Después de algunos momentos de silencio en que hasta el torrente parecia suspender su curso y apagar sus aterrantés bramidos:

—Claudina, la dice Julian, prepárate á oír sin interrumpirme.... La guerra con el Perú parece inevitable; los periódicos anuncian un rompimiento entre ambos Estados; yo, por lo mismo que tanto te amo, no quiero llevarte á la campaña, por que no te espongas á los riesgos inherentes á la guerra y he resuelto que te quedes y....

Un rayo la hubiera aterrado menos que estas palabras de Julian, y convulsiva y sin dejarlo concluir, le dice:

—Cuando por seguir los impulsos de mi corazón, abandoné el hogar paterno sacrificando mi honor y mi porvenir, juré no separarme de tí, porque creí que eras mi Dios y mi existencia y que jamás nos alejariamos uno de otro: no te engañes, Julian, no hay ningún poder sobre la tierra que pueda hacerme variar de pensamiento. Esos dias, esas horas que yo deba pasar sin tí ¿en qué crees que pueda emplearlas? ¿Te persuades que una muger de mi temple, es decir, que tenga mis resoluciones, ha de poder vivir sin el objeto que se las anima? —¡Oh! no, Julian; llévame, llévame contigo, para que, por lo mismo que hay riesgos que correr, sea yo también partícipe de ellos; y cuando, triunfantes, volvamos al seno de la Patria, tenga al menos el placer

de ver caer sobre tí y tus compañeros de victoria, esa lluvia de aromas con que las hermosas engalanan á sus libertadores.

Estas palabras asustaban á Julian, porque conocia la impetuosidad de las pasiones de aquella enamorada jóven, y horrorizado, tembló de espanto, porque al fin le era indispensable hacer la *confesion* del verdadero motivo que le obligaba á separarse.

Se decidió pues á aprovechar aquel momento en que él mismo se sentia débil para empezar una relacion que le atormentaba, pero que por otra parte era sumamente necesaria. —La dijo pues:

—Oyeme, Claudina amada.... Hay momentos en la vida del hombre en que nada valen las comodidades y goces de que pueda disfrutar, porque su existencia camina por un sendero cubierto de espinas: esto es lo que á mi me pasa. ¿De qué me sirven algunos bienes con que la fortuna me ha favorecido, si no tengo libertad para partir contigo y á tu lado los goces que con ellos pudiera proporcionarme? ¿Qué valen estas riquezas al lado de las dificultades que se presentan para disfrutarlas juntos?

Sorprendida Claudina de oír aquellas palabras, cuyo sentido no alcanzaba á comprender, le dice:

—¿Y quién puede impedirnoslo? ¿Quién es capaz de privarme de estar á tu lado? —Habla, Julian, espícame. Dime: ¿dónde existe esa alma empedernida que quiere privar á una infeliz muger del único apoyo que ha podido conservar sobre la tierra? Yo que, abandonada de mis padres, de mis amigos y de todos los míos, no tengo en este mundo sino á tí, ¿qué haría, dime, si también te perdiera? ¿Puedes comprender cuánta amargura, cuánta hiel se derramaria sobre mi corazón para envenenar mi existencia, si, en efecto, estuviera destinada á no vivir contigo y á tu lado siempre? —Julian, ese sería para mí un golpe de muerte!

—Y.... sin embargo, Claudina, dice Julian, es una realidad, porque dimana de una orden cuyo cumplimiento no puedo eludir; la ha dado el Jefe de mi batallón y es necesario que se cumpla (5).

—Pues bien, le dice Claudina con resolución é interrumpiéndole, ¿es necesario cumplir esa orden? —también es necesario que yo muera; y moriré, porque solo allí, en la tumba, podré ocultar mi vergüenza y el oprobio de no haber servido sino para ser la querida de un hombre, sin haber podido alcanzar jamás el título de esposa; porque, entiendo, que es á aquella y no á esta á quien se repudia; sí, Julian, todo lo comprendo (6).

En vano procuró Julian calmar la horrible agitacion de aquella jóven, prometiéndole

(5) En efecto, el coronel, 1.º Jefe de aquel batallón, habia dado orden para que todos los oficiales que no fuesen casados y tuviesen mugeres, se casasen en el acto ó se separasen de ellas, porque se iba á empezar una guerra nacional y era preciso desterrar toda inmoralidad de los cuerpos del ejército.

(6) Claudina, cuyo verdadero nombre es Petrona, pertenecía á una decente familia vecina de una de las capitales de Bolivia. Reservamos su apellido por no ofender la decencia de sus padres, porque esta jóven salió furtivamente de casa de ellos, y tal vez la habrán maldecido por este hecho que ultrajaba sus canas; se hallaba por consiguiente abandonada de su familia, y como recién llegada al Departamento de la Paz, no tenia sino muy escasas relaciones y era poco conocida.

dole que al regreso de la campaña se casarian, y que entre tanto podia permanecer en Zapaquí ó en la Paz; mas ella que no creia ver otra cosa para sí que un completo abandono en aquella conducta de Julian, le dice:

—¿Y puedes persuadirte que yo, muger desconocida en estos lugares, pueda avenirme á vivir oscuramente y confundida tal vez con esas cuyo inmundo comercio es un crimen ante Dios y ante los hombres? ¿Puedes pensarlo, puedes imaginar siquiera, que porque he cometido una falta, ¡ah!... y de la que me he arrepentido mil veces! he de mirarme yo misma como una muger vulgar y envilecida? —No; no, Julian!... Si Dios ha colocado en mí un corazón ardiente y apasionado, me ha dado también una robusta inteligencia para discernir con claridad; y has de saber que lo que ahora necesito, que lo que ahora quiero, y lo exijo con todo el poder que me han dado tus juramentos, es que, antes de cumplir esa orden que me arranca de tu lado, he de llevar legítimamente tu nombre, ese nombre que me has dado ante Dios, pero que la sociedad y la religion de nuestros padres exigen que sea bendecido por el representante de Jesus al pié del altar. Sí; esto ha de ser, Julian; porque así, así nomas no se burla de una muger, y sobre todo de una muger que no tiene otra culpa, que la de haber cedido á las sugestiones de su corazón y haber querido ser tuya porque creyó en tus promesas, en tus juramentos; y en fin, porque, jóven é inesperta, creyó que la querida de un hombre, podría sersu esposa si su vida estaba, como está la mia, exenta de esas faltas que á los hombres los ponen en ridículo ante la sociedad. Hé aquí, Julian mio, todo lo que de tí exijo; y si no hay cómo evitar el cumplimiento de esa orden fatal, cúmplala en buen hora, pero también cumple tus deberes para conmigo, porque si para con la patria te liga la obligacion de ciudadano, para conmigo te reatan los deberes de padre, y ambos deben ser sagrados para tí como hombre de honor. Sé tan honrado y generoso como es apasionada tu Claudina: no sacrifiques á la queha de ser madre de un hijo cuya sangre es la misma que corre por tus venas.

Asombrado Julian de aquella confesion, porque hasta entonces ignoraba que Claudina estuviera en cinta, arrepintiéndose de haberla afligido tanto, y trató de dar otro giro á la conversacion; mas ya era tarde, la herida estaba abierta y no era fácil curarla, mucho mas cuando él ratificó lo que habia dicho, —que después de la campaña se casarian.

Los primeros albores de un nuevo dia sorprendió á aquellos amantes, y Julian muy luego, rendido por las fatigas, se quedó profundamente dormido.

(Continuará)

Del estilo.

La naturaleza y las leyes del estilo nacen precisamente de la necesidad natural que le dá origen. Esta necesidad es la de desatar el nudo intelectual que forman las ideas en la mente, fijándolas una por una en los signos representativos del lenguaje; de modo, que guardan el orden y relieve necesarios para que puedan ser comprendidas y apreciadas por los demás.

Hé aquí la parte natural del estilo. Hé aquí la necesidad, que desenvuelta y elaborada, viene á constituirse al fin en ser un artificio que por medio de las letras, da cuerpo y materializa una armonía concebida por la inteligencia con todas sus magnificaciones. Claro está, que si este artificio tiene por objeto consignar en una forma material el valor intelectual de las ideas, debe estar sujeto á elaboraciones análogas á las que se hacen con todos los otros objetos materiales que representan alguna idea. Habiendo llegado á este punto, y queriendo pasar á establecer una definición neta del estilo, me encuentro con que lo tiene ocupado ya Mr. Granier de Cassagnac; y que aunque ámbos hemos llegado á él por caminos completamente diversos, debo adoptar la definición con que él caracteriza al estilo, diciendo que es el *arte de las fórmulas*; sin permitirme otra cosa que aclararla ó fijarla mas, llamándole—*el arte de armonizar la espresion con la concepcion, por medio de las fórmulas escritas*.

Aunque la mayor parte de las ideas y desarrollos que componen este artículo, nos pertenece completamente; no queremos dejar en silencio el rico provecho que debemos á la lectura del bellissimo trabajo sobre el *Estilo* publicado por el hábil literato que acabamos de citar. Dada esta satisfaccion; justo es que digamos con franqueza, que si frecuentemente nos hemos separado de él para seguir el curso de nuestras propias ideas no ha sido por tener la presuncion de enmendarlo ó de sobrepasarlo; sino porque concibiendo de distinto modo ciertos hechos, hemos debido mostrarnos nosotros mismos, y no respetar á un hombre, por mucho talento y erudicion que tenga, hasta permitirle que sofoque el desarrollo natural de nuestra propia razon.

Un exámen prolijo de la naturaleza de los elementos que componen la espresion literaria que la mente humana hace de sus propias concepciones: me parece el medio mas propio y sencillo, para determinar la naturaleza del estilo y fijar las leyes á que debe sometersele.

Lo primero que se presenta en la espresion de una idea ó un pensamiento, es la palabra. La palabra como elemento de estilo es un objeto material destinado á ocupar la superficie, y á herir nuestros sentidos con la mira de despertar ó introducir una idea; la palabra pues, es materia, y como tal, sujeta á leyes materiales. Veámos cuáles son. Las primeras leyes materiales, á que está sujeta la palabra, son aquellas que rijen sobre los sonidos; porque la palabra si se le considera hablada, es claro que no es mas que un sonido; y si se le considera escrita, es claro que se le considera en su estado de transicion en el que solo se halla, mientras no pasa á ser hablada, es decir, repetida ó leída: la palabra pues, es siempre un sonido; y como tal, dependiente indispensablemente de las leyes de duracion y de armonia musical que pesan sobre todas las impresiones del oido. Al espresar nuestras ideas tenemos de precision que aclararlas; unas por la aproximacion y enlace de las otras; las mas lejanas por la reflexion de las mas cercanas; las mas compuestas y abstractas por la luz de las mas simples y sensibles; esto exige un trabajo análogo en la espresion, una operacion igual

realizada en las palabras que dá por resultado la *duracion de los sonidos*, y que como á impresiones del oido, somete necesariamente esta duracion y enlace desonidos á las leyes de la armonia musical: porque solo asi pueden satisfacer la necesidad insaciable que siente el hombre de que todo cuanto lo impresione, lo impresione bien. De modo pues, que de las relaciones y combinaciones de las ideas nacen las relaciones y combinaciones de las palabras, consideradas como sonidos únicamente; y asi como las relaciones y combinaciones de las ideas deben estar sometidas á una armonia intelectual, q' tenga su centro y sus ramificaciones perfectamente ligados; asi también las relaciones y combinaciones de sonidos, por cuyo medio se espresa todo aquello, deben estar sometidas á las leyes de una armonia musical capaz de representar aquella armonia intelectual.

Considerado el estilo como combinacion de combinaciones de sonidos, resalta que deben arreglarse estas combinaciones bajo cierta ley musical; de manera que cada una de las combinaciones subalternas tenga cierto compas, cierto equilibrio en si misma; y que no se dejen de percibir las relaciones de proporcion y de armonia en que deben hallarse con las combinaciones que preceden y las que siguen. En todo periodo, por sencillo que sea, hay una parte principal, por la idea que contiene; y partes subalternas, que pueden considerarse como suplementarias y *completantes*. Ahora pues: se requiere que la parte principal, que puede llamarse el tema del periodo, suene al oido en armonia con su carácter preeminente; tenga cierta importancia música que la fije al oido sobre ella como sobre un centro; y le haga percibir las partes esplicativas como dependencias. En esta ley de proporcion, guardada entre las diversas partes de una frase y de un discurso, consiste la *dulzura*, la *energia*, la *brillantez* y *agudeza del estilo*.

Mr. Granier de Cassagnac dice que una de las leyes esenciales del estilo es la de emplear los sonidos con la mira de realizar una cierta armonia.

«Los sonidos finales son los que principalmente preocupan al escritor, porque «son los que quedan en el oido mas fijos en medio del susurro general del discurso», y agrega poco despues que, entre los escritores de algun valor, es práctica constante no acabar jamás dos miembros seguidos de una frase por dos sonidos del mismo orden. Mas, la regla no alcanza á ser rigurosa y absoluta, sino cuando se aplica á las dos últimas partes de una misma frase; siendo muy raro, sin embargo, encontrar en las obras de los escritores correctos y que saben delinear con pureza su estilo, frases cuyas partes cercanas no acaben por sonidos de naturaleza diversa.—Esta es una patente verdad; pero apenas puede ofrecerse en la ciencia literaria un punto mas difícil de reglamentar que este; establecer leyes á este respecto, seria como querer determinar todas las combinaciones bellas que se pueden hacer sobre su piano. No hay otra cosa que hacer que estudiar la manera de los buenos escritores, educar el oido con su lectura, imprimir fuertemente en el alma un tema de armonias y variarlo segun dé el talento especial de cada uno.

En nuestro idioma, que es tan rico y variado en terminaciones (aunque tan pobre en sentidos) se estrella el escritor con una mayor dificultad, por la imposibilidad de tomar una regla fija que decida la eleccion de la manera de terminar una frase ó un periodo; mas al mismo tiempo, teniendo un oido esquisito y una regular esperiencia, se puede llegar á hacer sublimes armonias, obras de inspiracion vestidas profusamente de perlas, de oro y pedrerias. Este es un campo libre en que el jenio, puede crear, imitar el talento, copiar el gusto: es un campo en que hay lugar para todos, para Mariana y para Cervantes; para Solís y para Quevedo; para Calderon y para Jovellanos; en fin, para todos, como hemos dicho. Tomemos ahora el estilo en sus cualidades representativas, y veamos lo que es.

Para que un todo, cualquiera que sea, pueda tener individualidad y significar algo, no solo se requiere de las partes diversas que lo componen tengan analogias intrínsecas, sino que tengan tambien relaciones marcadas de forma y de tamaño, dependientes de la parte principal que sirve de tronco: asi es que, si tomamos por ejemplo al cuerpo humano, veremos que hay en él una especie de centro al que se atan y converjen todos los demás miembros, realizando relaciones palpables de forma y de tamaño, y de esto depende la armonia vital del todo: igual cosa se observará, si se toma una mesa, una silla, un edificio y en fin, cualquiera otro todo individual. Esta misma ley se comunica tambien al estilo. El estilo, avalorado por lo que representa, es un todo cuyo sentido depende de la mayor ó menor perfeccion que tengan las analogias establecidas entre las partes diversas que lo componen; de modo, pues, que debe mirarse cada periodo ó frase como un miembro, como una parte relacionada con un tronco y dependiente de él, y que como tal representa una de las muchas especialidades que, combinadas entre sí, componen el sentido, el significado, el alma, la vida del todo.

Detallemos, profundicemos mas.

Las ideas no tienen cuerpo material, sino cuerpo intelectual; es decir, significado, representacion: asi es, que la largura de las frases escritas ó habladas para representar estas ideas, no tanto depende de la estension que tenga sobre el papel, cuanto de su representacion mental. Dedúcese de aquí, que el cuerpo ó tronco de una frase no es precisamente la parte mas larga, sino la mas sentenciosa: ese cuerpo puede muy bien hallarse constituido por la parte mas corta, y esto nada importaria; pero en todos casos debe ser la mas saliente; aquella que se vea mejor y con mas relieve; aquella, en fin, que se conozca haber sido gravada por la pluma con mayor netedad.

La netedad de la delineacion es una condicion indispensable en toda frase y en todo discurso; y asi es que no puede clasificarse como buen estilo, sino aquel en que se ven dibujadas con limpieza y energia las lineas principales que constituyen sus formas: cuando estas lineas son claras, bien teñidas y rasgueadas; cuando son esbeltas y ágiles, realizan una de las cualidades mas recomendables y esenciales del estilo—la *correccion*; y entónces se conoce distintamente el miembro prin-

principal y los subalternos; aquel domina sobre estos, sin anonadarlos; y estos reflejan su luz sobre aquel, sin ofuscarlo; cada parte ocupa su lugar y permanece ligada á su centro natural.—«Los miembros de una frase pueden oscurecer la inteligencia de su parte elemental, de dos modos: por un desarrollo superabundante, ó por un valor excesivo de significacion: en el primer caso, la prolongacion del miembro hace perder de vista la parte elemental, que es su punto de partida: en el segundo, la idea que en un miembro debe ser siempre accesoria, puede debilitar el sentido de la parte principal, cuya idea debe ser dominante, y trocar de tal manera el asiento fundamental de la proporcion. Por lo que hace á la estension relativa de los distintos miembros de una frase, puede asegurarse que hay una regla jeneral fundada sobre lo que se ha visto practicar continuamente á los buenos escritores, y que consiste en comenzar por la parte mas corta, dejando para el fin los mas prolongados. «C6moda cosa es, segun parece, para el alma, empezar por derramar las perspectivas estrechas y las frases cortadas, para poder entregarse despues, con toda su atencion y sin miedo de estraviarse, á inspeccionar los vastos horizontes del pensamiento con ampliadas formas de estilo.»

He aqui, pues, establecidas hasta cierto punto las dos leyes mas generales del estilo; aquellas por lo menos que nadie puede violar, como dice un literato franc6s, sin perder su derecho á ser reputado como escritor de m6rito. La primera, es la armonia en los sonidos que forman el tono jeneral del estilo; la segunda, es la proporcion representativa de sus diversas partes, ya sean jenerales, ya particulares, y detalles. Tomemos un ejemplo para este 6ltimo caso; porque el primero los tiene abundantisimos y muy f6ciles de conocer en nuestro idioma. Supongamos que se hubiera escrito—«Lo primero que se ofrece á la imaginacion de un hombre que pretende escribir un drama, es la necesidad de dividirlo en actos: aparece despues, la de dar enlace y movimiento á estas secciones principales, por medio de otras inferiores, que se llaman escenas: la animacion y vida de las escenas consiste en el desarrollo alternativo y contrariado de la pasion dramatizada; desarrollo que se consigna en el diálogo, dándole trabazon y colorido, por medio de la dependencia y bulto de los períodos, de la belleza y agilidad de las frases, y en fin, por medio de la agudeza y oportunidad con que se hallen empleadas las palabras.»—Tenemos aqui un ejemplo de proporcion representativa; puede usarse de un modo inverso en el desenvolvimiento de la misma idea, sin que se tenga por rota esa proporcion; pues solo será otro medio de realizarla.

Del modo de realizar las proporciones representativas de las diversas partes del estilo depende su limpieza, su energia, su colorido, su trabazon y su propiedad. Por otra parte, como es evidente que el hombre para espresar por medio de la palabra sus ideas, tiene que aclarar recíprocamente las unas por las otras, y que muchas veces esplica las abstractas, concretándolas á las simples; ó bien las simples, elevándolas hasta las abstractas; que muchas veces pa-

tentiza las relaciones morales por medio de la comparacion con las cosas físicas, ó bien eleva las cosas físicas y les dá majestad y nobleza, encumbrándolas al órden de las idealizaciones; como es evidente, decíamos, todo esto, se deduce la indispensable necesidad que hay de usar de la frase como figura, es decir, como representacion indirecta de un segundo significado envuelto en ella. Los retóricos distinguen muchos de estos modos subalternos de tejer el estilo.

Nosotros nos contentaremos con asentar por ahora que la ley inevitable y esencial que debe dominar sobre estos adornos, es la de reducirlos á ser en todo, medios de patentizar la armonia que hay entre el estilo y el pensamiento; una figura retórica, cualquiera que sea, es, por un lado, la espresion de una armonia de detalles; y por otro, la espresion del vínculo que liga á ese detalle con la armonia central destinada á formar la basa de la obra: las figuras retóricas deben por esta razon tener analogias estrechas entre sí y con el asunto, nacer de él espontáneamente, y ligarse como los sonidos de un acorde; la mas pequeña disonancia rompe el encanto y llena de desagrado. Una comparacion, una metáfora, una metonimia, una hipérbole, en fin; no son otra cosa, consideradas como partes del tejido jeneral del estilo, que combinaciones armoniosas destinadas á contribuir á la armonia y belleza del todo.

(Continuará.)

Cartas de Roma.

POR H. TAINE.

(Estractado y traducido de la *Revue des Deux Mondes*.)

CARTA PRIMERA.

23 de Marzo de 1865.

No es asunto mio la política, sobre todo la política del porvenir: es una ciencia demasiado complicada; á mas, para formular un juicio, se necesitaria estudios mas estensos, una residencia mucho mas larga. No hablemos pues, sino de lo que se vé, por ejemplo, del gobierno.

No se habla aqui de otra cosa. Jamas he hablado con un italiano sin que la conversacion recaiga al momento sobre la política; es la pasion de los italianos: confiesan ellos mismos que desde hace cincuenta años, poesia, literatura, ciencias, historia, filosofia, religion, todas las preocupaciones de su espíritu, se resienten de la influencia de la política. En el fondo de una tragedia, de una metafisica, buscad la intencion del autor; vereis que no ha pensado sino en predicar la república ó la monarquia, la federacion ó la unidad. Dicen que la ocupacion ha hecho al gobierno peor que nunca. En tiempos remotos tenia algunos miramientos, se paraba en la mitad del camino de la injusticia; hoy, apoyado en una guarnicion de diez y ocho mil hombres, ya no teme á los descontentos. Asi, nadie duda que el dia en que los franceses salgan de Roma será el 6ltimo dia de la soberania papal.

Procuraré demarcar claramente el limite y la estension de esa opresion. No es violenta, atroz, como la del rey de Nápoles;

en el Sur, la antigua tirania española tenia costumbres de crueldad; no sucede lo mismo en Roma. No toman de repente un hombre para echarlo al fondo de un calabozo, tirarle en la madrugada de cada dia un balde de agua helada sobre el cuerpo, torturarlo y atontarlo; pero si es liberal y mal notado, la policia hace una visita en su casa, confisca sus papeles, escudriña sus muebles y le lleva preso. Al cabo de cinco ó seis dias una especie de juez de instruccion le interroga; siguen otros interrogatorios, los autos forman un legajo que, despues de mucha demora, se entrega en manos de los jueces propiamente dichos. Estos lo estudian con no ménos lentitud; sé de un individuo que estuvo tres meses preso, mientras se le seguia el sumario; otro estuvo seis meses. Una vez comenzado el proceso, se le reputa público, pero no lo es: el público queda puertas á fuera, se admite á tres ó cuatro espectadores, individuos desconocidos, seguros, y que entran con boletos.

Por otra parte, la policia se aprovecha de los accidentes. Ahora quince dias, á las siete de la noche, y á dos pasos del Corso, se asesinó á dos personas en su carruaje, y se les robó 10,000 pesos; la policia no descubrió á los culpables, y se valió de esta ocasion para poner provisoriamente á algunos liberales trás de cerrojos. Todo el mundo ha oido hablar de ese proceso reciente, cuyos documentos se robó el Comité romano. El principal testigo en contra del acusado fué una mujer de malas costumbres: no solamente denunció á los que visitaban su casa, sino á otros que jamas la habian visto. Un jóven, á quien he conocido, fué implicado, arrestado durante la noche, juzgado secretamente y condenado á cinco años de prision; este infeliz juró á su hermano, en una conversacion íntima, que era inocente. Las leyes no son malas, pero la arbitrariedad las corrompe y se hace sentir en las penas como en los favores: así es que nadie cuenta con la justicia, nadie consiente en ser testigo, nadie tiene repugnancia á las puñaladas, nadie se cree al abrigo de un denuncia ni está seguro de amanecer al dia siguiente en su cama y en su cuarto.

En cuanto al dinero, no hay que temer las confiscaciones; pero en lugar de éstas hay las chicanerías. El marqués A.... posee una gran propiedad cerca de Orvieto; sus antepasados fueron los que crearon la aldea. La jente del lugar, con la autorizacion del *monsignor* especial, decretó un impuesto sobre los fondos; el marqués A.... es quien lo paga. Con la autorizacion del mismo *monsignor*, le entablaron un pleito con respecto á un terreno: si ganan ellos, él tendrá que pagar; si ellos pierden, él pagará tambien; pues como todos los terrenos le pertenecen, su propiedad es la que tiene que sufragar los gastos del municipio. Es preciso estar en buena armonia con el gobierno para que uno pueda percibir sus entradas, sino, corre uno peligro de ver que sus inquilinos se hacen los sordos. Por medio de estos mil pequeños lazos de interés personal, el gobierno sujeta á los propietarios y á la nobleza.

Como consecuencia del mismo régimen, los individuos del *mezzo ceto*, abogados, médicos, se hallan sometidos á las mismas trabas; su profesion los pone en la depen-

dencia del ruin corrillo papal; si se manifestasen liberales, perderian sus mejores clientes. Además, todos los establecimientos de instruccion pública están en poder del clero; Roma no tiene un solo colejo, una sola escuela laica. En fin, cuéntese el número de los protegidos, pordioseros, empleados subalternos, aspirantes ó poseedores de prebendas: todos éstos obedecen y manifiestan su celo; su pan de cada día depende de esto. Así se forma una jerarquía de jente agachada, prudente, que se sonrien con ademan discreto ó prorrumpan en exclamaciones, según se les manda. El conde C... decia: «Aquí sucede lo mismo que en China; no le cortan á uno cruelmente los pies, pero se los estrujan y oprimen de tal modo, que al fin, uno no puede andar con ellos.»

No puede ser de otro modo, y aquí se presenta la ocasion de admirar la lógica de los hechos. Un gobierno eclesiástico no puede ser liberal. Un eclesiástico puede serlo; el mundo le rodea, influyen sobre él las ciencias positivas; los intereses laicos vienen á desviar la direccion natural de su espíritu; pero apartad de él todas estas influencias, entregadle á si mismo, rodeadle de otros sacerdotes, poned en sus manos la facultad de dirigir á otros hombres; volverá, como Pio VII y Pio IX, á las máximas de su empleo, y seguirá el declive invencible de su estado; pues siendo sacerdote, sobre todo siendo Papa, cree poseer la verdad absoluta y completa. No tiene que esperarla, como nosotros, de la suma de las reflexiones y de los descubrimientos futuros de todos los hombres. La verdad reside entera en él y en sus predecesores. Los principios los ha establecido la tradicion, han sido proclamados en los Breves, renovados en las Encíclicas, vulgarizados en los resúmenes teológicos, aplicados hasta en el mas mínimo pormenor por las prescripciones de los canonistas y las discusiones de los casuistas. No existe una idea, ni una acción humana, pública ó privada, que no esté definida, clasificada, calificada, en los librotos de que es defensor y heredero. Mas aun, esta ciencia es viva; una vez que entra á su espíritu y ha sido promulgada por su palabra, todas las dudas deben cesar; Dios decide en él y por medio de él; la contradicción es una rebelion, y la rebelion un sacrilejo. Por consiguiente, para él, el primer deber es la obediencia: el examen, el juicio personal, los hábitos de iniciativa, son pecados; el hombre debe dejarse conducir, abandonarse como un niño; la razon y la voluntad no existen ya en él, sino en otro, delegado del cielo para este oficio; le dan un *director*. En efecto, este es el verdadero nombre del sacerdote católico, y este empleo es el que el gobierno aspira á ejercer y ejerce en Roma. Con esa condicion, puede ser indulgente, hacer pequeños servicios, perdonar la debilidad de los hombres, sufrir los ataques mundanos, tolerar tunanterías. La violencia, sobre todo la violencia descubierta, le repugna; le gustan las palabras afectuosas y los actos indulgentes; no amenaza; advierte y aconseja. Estiende encima de los pecadores, como un rico manto adornado, la amplitud de sus frases llenas de unción. Habla con gusto de su corazón misericordioso, de sus entrañas paternales; pero hay un punto sobre el

cual no admite transacción; la sumisión del espíritu y del corazón. Una vez en posesión de esta obediencia, sale del dominio teológico, entra á la vida privada, decide de las vocaciones, hace los casamientos, determina las profesiones, procura los ascensos, gobierna los testamentos y lo demás.

Así es que, en materias públicas, tiene buen cuidado de evitar á la jente la peligrosa tentación de obrar. En Roma, por ejemplo: nombra á los municipales, que completan el consejo, asociados con otros; pero estos nuevos nombres deben ser aprobados por él, de modo que todos los administradores son elegidos por él. Lo mismo sucede en los otros ramos del servicio público. Un *monsignor* es quien gobierna los hospitales, un *monsignor* es quien vijila los teatros y alarga las enaguas de las bailarinas. Por lo que hace á la administración, sigue en cuanto es posible por la antigua huella; la economía política es una ciencia perniciosa, moderna, demasiado solícita por el bienestar material. Se conserva ó se aplica el impuesto sobre materias evidentemente reproductivas, sin inquietarse por el empobrecimiento que se causa con eso en el país. Así, un caballo, cada vez que lo venden, paga el 5 por ciento; el ganado paga mientras está en pastos y á mas, 28 francos por cabeza en el mercado, es decir de 20 á 30 por ciento de su valor. El pescado paga 18 por ciento sobre el precio de venta; el trigo cosechado en el *agro romano* paga como un 22 por ciento. Agréguese que el impuesto sobre la renta no es liviano; conozco una fortuna de 33,000 escudos de renta que paga de 5 á 6 mil escudos de impuesto. A mas, se acude á los empréstitos. La cuestión es vivir, y se vive del día para el día; se procura sobre todo no tocar al órden establecido; las innovaciones horrorizan á esas jentes anticuadas á quienes alarma el espíritu moderno. Uno de mis amigos que ha viajado en Méjico decia al Papa: «Santo Padre, sostened al nuevo emperador, ordenad al clero mejicano que entre en transacciones y se someta; de otro modo, el imperio se vendrá abajo; los americanos protestantes lo invadirán, lo colonizarán, y el catolicismo habrá perdido un gran país.» El Papa parecia comprender, pero acabamos de ver que el peso irresistible de las tradiciones acaba de armarle públicamente contra el único establecimiento político capaz de prolongar en la América del Norte el imperio de la religion católica romana.

En resumen, subsistir, impedir, contener, conservar, esperar, apagar, es todo su espíritu, si se buscara algun otro rasgo distintivo, se encontraria siempre en el espíritu eclesiástico. Un sacerdote hace voto de castidad, y por esta razon, los pecados contra la castidad le preocupan mas que los otros. En nuestro código de moral laica, el primer motor es el honor, es decir, la obligación de ser valiente y probo; aquí toda la moral jira en rededor de la idea del sexo: se trabaja por mantener el espíritu en la inocencia y la ignorancia primitiva, ó á lo ménos, por salvarle de la sensualidad, por medio de las mortificaciones y la abstinencia, ó en fin, se procura, por lo ménos, el escándalo público. A este respecto, la policia es severa; no andan mujeres de noche en las calles; los negocios se arreglan bajo de capá y el comandante francés ha te-

nido que cambiar con el *monsignor* especial las notas mas jocosas. La decencia exterior se mantiene á todo trance, ¡y á qué precio! No hace mucho tiempo, una pobre jóven, que habia tenido un amor, es arrebatada y violentamente encerrada en una casa de penitencia y se le dice que vá á quedar allí toda su vida. «¿No hay ningun medio de libertarse de tal destino?»—«Es preciso que encontreis alguno que quiera casarse con vos.» Ella manda buscar á un viejo bribon que la habia cortejado inútilmente; este tunc se casa con ella, y un mes despues, la explota del modo que puede presumirse; pero á lo ménos, se salvaron las apariencias.

Evitar el ruido, estender sobre la vida humana un barniz de decencia, mantener en vigor la práctica de los ritos, evitar contradicciones, no salir del estado antiguo é impedir las cuestiones, ejercer absoluto dominio en el reino del espíritu y de los negocios por medio del influjo de la imaginación y de las costumbres,—á eso se dirijen y se reducen las pretensiones, y se vé muy bien que semejante ambición proviene, no de una situación momentánea, sino de la esencia misma de las instituciones y del carácter. El gobierno temporal en manos eclesiásticas no puede ser otro; tiene que llegar al despotismo suave, minucioso, inerte, decente, monacal, invencible, así como una planta que llega á dar su flor.

Viaje de Chile á Buenos-Aires

POR LA CORDILLERA DE LOS ANDES.

A mis buenos amigos y compatriotas de Santiago de Chile, General Don Juan Gregorio de Las-Heras, Jacinto y Demetrio Rodríguez Peña, Juan Prudent y Francisco Villarino.

PARTIDA DE SANTA ROSA DE LOS ANDES.

El 26 de Enero á las siete de la mañana nos pusimos en marcha del Hotel 25 de Mayo, establecido por el argentino D. Mariano Blades, emigrado de la cruzada del general Madrid: á las doce del día habíamos llegado al rio Colorado despues de haber atravesado su puente, en compostura á la sazón, á consecuencia de la catástrofe sucedida pocos días antes, de haberse ahogado dos soldados del escuadron de granaderos: hicimos alto un cuarto de hora, y á la una paseamos para comer en la *Alcabaleta*, lugar pintoresco y lleno de árboles de quillai cuyo follaje verde brillante es agradabilísimo á la vista, como salubre y refrescante su sombra. El correntoso Colorado fecunda sus márgenes en que corre paralelamente hacia el Occidente, y su ruido imponente me pareció el arrullo del Plata en sus mas bellos y espléndidos días. Aquí hicimos un descanso y una lijera comida, partiendo á las cinco menos cuarto.

El paisaje que encontramos en el siguiente trayecto, es pomposo y magnífico. A poco andar á nuestra derecha, vése la casa, llamada por los arrieros del *Tuco*, pedranchon enorme de figura triangular, con tres arcadas rústicas naturales en su frente; como de órden gótico, que sirve á veces de asilo á los vaqueros que pacen animales en estas breñas. A poco trecho á la izquierda, se encuentra la *Gruta misteriosa*, sombreada

da por quillais añosos, espinos, y una especie de *mimosa* de flor blanca con capas finas como la *corona del poeta*, en el lenguaje de la floricultura: flores silvestres preciosas adornan el paisaje, entre ellas la llamada *espuma de cordillera*, que parece formarse de la sávia del arbusto que con la brisa nevosa le dá el aspecto de un copo de nieve abrigado. Todo el camino que sigue es rico de vegetación, viéndose en lontananza hacia el Este, la *Quebrada Honda* formada por el torrentoso Colorado que ya toma el nombre de *Juncal* para abrirse paso entre su raudal caudaloso, siguiendo hasta confluír con el *Aconcagua*. Aquí se cuenta una tradición popular de que un soldado patriota de la guerra de la independencia, perseguido por españoles, dió un salto mas que mortal para salvarse, por lo cual lleva desde entonces el nombre de *el Salto del soldado*. Si esto fuese así, este hombre habría sobrepasado al célebre *rey* de los *trapezios* (1), tan en voga hoy en París.

El 27, antes de despuntar la aurora que se dibujaba en la crestas de estas poéticas montañas revestidas de grana y oro, empezó el alistamiento de nuestra caravana, partiendo á las cinco en punto. Este trayecto hasta la *Guardia Vieja*, es de lo mas pintoresco y hermoso. Bosques inmensos de árboles seculares del mas puro verde esmeralda, y flores preciosas en que descuellan el *amancaes* ó *peregrina* de jardín; el *huille* color de púrpura con corola verde; el *miosotis* ó *no me olvides*; la *liuvia de oro* de jardín, y el *amarillo jaramago* sembrado aquí y allí entre las breñas y guiscos, como aquel que describe bellamente *Rioja* en su hermosa oda á las ruinas de *Itálica*, adornan este prado delicioso, en que enjambres de mariposas blancas, salpicadas de verde y púrpura, revolotean en torno de él, estrayendo la miel de tan lindas flores. Para complementar este animado cuadro, no faltan la *Tenca* y el *Tordo* que saluden con sus trinos esta naturaleza privilegiada. Cascadas espumosas formadas de los deshielos de las líneas de cerros al Sur y al Norte, es otro adorno natural magnifico que anima tan brillante paisaje. En el camino se encuentran hornos de fundición de metales y huertecitos preciosamente cultivados. Llegamos á la *Guardia Vieja* á las siete y media, y á las diez á los *Ojos de agua*, vertiente de la mas limpia y esquisita agua que la dá una filtración de la hermosa laguna que hay en las entrañas de la cordillera. Aquí reina constantemente un fuerte viento que hace muy incómodo el lugar. La casucha que hay, está en el peor estado, sucia, desmenadrillada y sus paredes hechas pedazos.

De los *Ojos de agua* salimos á las tres y media y llegamos al Portillo á las seis y media, dejando atrás la casucha de este nombre, donde según los arrieros *penan almas*.

Quedamos, pues, al pié de la cordillera, y al contemplar estas masas enormes é imponentes, nos fué sujerido el siguiente pensamiento:

Estupendo gigante misterioso
Que el cielo besas con tus altas cumbres;
Y al despuntar el sol brillantes lumbres
Reflejas al Océano majestuoso:

(1) Cierta armazón de madera colgada al aire para ejecutar juegos gimnásticos é icarios riesgosísimos.

Titan de dos mundos portentoso,
Cuando al viajero admiración infundes
Entre tus riscos, breñas y derrumbes.
A «Jehová» nos demuestras grandioso.
En tus entrañas aclimatas flores
Que á la púrpura y oro se asemejan
Entre variados prismas de colores;
Y al declinar el astro en occidente,
Y al retornar la luz que lo reflejan,
Al Dios del mundo exaltas prepotente.

El siguiente trecho del camino es árido y sin accidentes, si se exceptúa el torrentoso Juncal que serpentea en todo este trayecto, uniéndosele un brazo de una cascada abundante que sale del centro de una quebrada aumentando su raudal.

La luz crepuscular vespertina declinando al Occidente bañó de púrpura y chispas auríferas las nubes matizadas de arrebol, dando al aspecto del astro del día en los picos de las nieves perennes, las figuras mas caprichosas y fantásticas. Como nos acostamos temprano, á la una y media desperté y, reverberando la luna con la mas diáfana claridad, creí que era de día. Soñoliento y para cerciorarme miré con interés; pero al asegurarme que era la luna y acordándome de lo que le aconteció á Mr. Jacques Arago que ennegueció á consecuencia de haber dormido imprudentemente en Oriente á plena luna, volví á tapujarme, no sin la aprensión de que los pocos momentos que la habia mirado, me hubiese hecho daño. A las seis menos cuarto del siguiente día, 28, estábamos cabalgando nuestras bestias. Empezamos desde aquí nuestra ascension de las montañas, desapareciendo el bello paisaje de los días anteriores, y solo viendo grandes cascadas y vertientes que dan alimento á los varios rios que descienden desde las alturas. A poco andar vimos la hermosa laguna del centro de la cordillera que á la distancia parece un pequeño mar: ascendimos la muy incómoda ladera de los *Caracoles*, llamada así por su forma casi espiral, y llegamos al plan de la cordillera á las diez y diez minutos. Aquí, al ver la patria, entonamos el himno nacional:

¡Oid, mortales!

La naturaleza cambia de aspecto en esta pequeña meseta que separa dos Repúblicas. Por la parte de Chile, la naturaleza rie con la esplendidez de su variada vegetación y de sus ricas galas. La República Argentina muestra en el aspecto de sus cerros una severidad viril. Su color cambia entre rojo, morado, verde y blanco accidentado con planchas enormes de perenne nieve; y por donde serpentean sus rios, hay manchas monstruosas de musgo, salpicadas de juncos amarillos silvestres, y florecillas de varios colores, y entre los guijos, alfombras de romerillo verde esmaltadas de jaramago caña. La campanilla blanca velluda, que en su planta y flor es tan celosa que punza con espinillas agudas como la ortiga al que tiene la temeridad de tomarla sin precaucionarse, como la sensitiva se cierra á impulso de la mano que la toca. También hay algunos jilguerillos que son oriundos de estas montañas, de bonito y matizado plumaje; pero indóciles á la domesticación. La misma severidad de los cerros dá un aspecto grandioso al paisaje, adornándolo por esta parte el famoso *Puente del Inca* que me pare á contemplar; donde es fama que hay magníficos baños de varias temperaturas. La pared por donde corre el torrente y se

baja á los baños, representa una especie de estalactitas de donde se desprenden grandes gotas que parecen diamantes, y al jugar el viento con ellas las convierte en una lluvia de rica orfebrería; pareciendo estas estalactitas por su forma, á las que representan las láminas de la *Cueva de Fingal en Escocia*. Tan bello es lo que representa este puente singular en una rápida ojeada! Lo demas del camino hasta parar mas abajo de la casilla de la *Calavera*, es sin accidente notable: llegamos á las dos y media. El paraje es fatal por el fuerte viento que sopla, así es que, después de una corta velada en los fogones al aire libre, tomamos nuestras camas. La mala noche nos hizo madrugar mas de lo regular; pero en reemplazo el aspecto del alba anunciado por su gran luminar (vulgo, lucero) nos indemnizó de la molestia. El gran astro al despuntar en el Oriente tenia una faja blanquecina, diáfana, como la de la aurora boreal, ó como nos pintan la transfiguración del Salvador en el monte Tabor, brillante de luz hablando con los profetas.

A las tres y tres cuartos del 29 seguimos nuestro derrotero, encontrando bellos paisajes en los accidentes de los cerros llenos de vegetación por esta parte y bellas planicies y morros cónicos esmaltados de la misma vegetación, entre ellos las de las Vacas, de donde parte un camino al Tupungatú. En este día pasamos las célebres laderas de las Vacas, *Polvaredas*, el paso del *Caleton*, piedra rústica cortada á pico, la ladera de la *Jaula* y *Cortaderas* verdaderamente infernales por los precipicios que se deslizan á sus piés y lo largo de ellas. Paramos en el *Zanjon Borrado* ó *Cortaderas*. En este trayecto hemos encontrado bandadas de tórtolas pequeñas y una masa de cerro en la forma de un cubo, de piedra negra, reluciente, como si estuviese dado de asfalto.

Esta parada nos fué muy incómoda, pues estando al raso, á las diez de la noche nos cayó un chubasco de nieve que nos hizo dejar la cama, soñolientos y mohinos, hasta las dos en que empezaron á aparejarse las mulas. Partimos el 30 á las tres y media de la mañana, y á las diez y media estábamos en Uspallata. Su bonito aunque rústico aspecto, sus lindos potreros de animada vegetación como su claro estero y rica agua, nos indemnizaron de la fatiga de la noche anterior.

Uspallata, aparte de su pintoresca situación y de su benigna temperatura en la estación canicular, es un punto importante por mas de un aspecto. Es un mineral de crédito, y es la estación del resguardo mas importante de la Provincia, pues los intercambios mercantiles con la República de Chile, no bajan de millon y medio á dos millones de pesos fuertes al año, si no nos equivocamos. Deploramos por lo mismo que la villa que llegó á trazarse en este paraje, no se haya llevado á cabo.

Su rica agua nace de una vertiente, y aumenta el estero que hemos mencionado al principio con un abundante brazo que viene de los deshielos de la cordillera y contiene muchos y buenos peces.

No debemos omitir que hemos sido tratados con franca y cortés cordialidad por el encargado del resguardo, Sr. D. Alejandro Pinto, al tomar nuestros nombres, según nos dijo, para la estadística.

Todavía debemos decir en obsequio de la agradable sorpresa de Uspallata el excelente hospedaje que recibimos de una diligente y amable pareja francesa, marido y mujer, que nos trataron con la civilidad y franqueza de esa interesante nacion, por lo cual les desearia larga clientela.

Salimos de Uspallata, despues de pasar una excelente noche, á las seis menos cuarto de la mañana del 31 con un dia nublado y fresco, lo que favoreció con mucho nuestra marcha. En el trayecto hasta Villaviciencio el terreno es accidentado por lomas llenas de verdura y planicies revestidas de la misma vegetacion. Al entrar al cajon que llaman San Pedro vimos un trecho como de 20 á 30 metros de piedra pizarra, poco antes de llegar á las Tres Cruces. Este lugar se llama así, y hay en efecto tres cruces, por muertes ejecutadas por salteadores, en transeuntes decentes por robarlos. Tambien vimos algunos habitantes de estos parajes; es decir, huanacos, que con la cabeza erguida se paseaban por las crestas de los cerros.

Al caer al cajon de Villaviciencio, y á poco andar, nos pareció estar en la parte de Chile. La naturaleza es por demás pródiga y hermosa. Prados de tomillo y otras yerbas aromáticas; cerros vestidos desde sus crestas hasta su base de arbustitos y matas del mas puro verde: flores caprichosas, entre ellas el huille color oro, verbena doble, flor romero de olor esquisito y otras variadas y preciosas clases, esmaltan en prados que parecen artificiales, este delicioso espacio. Bandadas de monas y bellas catitas, alegran este pedazo de tierra privilegiada llena de coqueteria. Aquí hicimos noche habiendo llovido algo.

Al fin, llegamos á Mendoza el 1.º de Febrero hácia las tres de la tarde.

Mendoza es la misma poblacion de ahora 23 años, la que será siempre en el porvenir por la hospitalidad proverbial de sus habitantes. Aparte de hallar las cosas mas indispensables para llenar las necesidades del momento sin compensacion alguna, hemos sido acogidos con la mas exquisita amabilidad. Mendoza conserva en toda su pureza los instintos jenerosos de la raza latina como en los tiempos primitivos; y si sus primeros fundadores Garcia Hurtado de Mendoza, de quien tomó la poblacion su nombre, Martin de Avendaño y sus generosos compañeros de cruzada de los que vinieron con Pedro Valdivia á la conquista de Chile, pudieran levantar hoy sus frentes del sueño eterno en que duermen, se hallarian satisfechos de su obra.

La ciudad de Mendoza presenta una mezcla de pasado y presente que la constituye, puede decirse, un mosaico.

Tiene entre sus edificios modernos, casas de arquitectura tan elegante, lijera y coqueta que estarian bien en el Rio de la Plata, incluso un lindo pasaje pico de ornamentacion en su estructura; y entre las antiguas, hemos visto algunas en que se vé palpitante la piedad de los moradores de aquella época remota. En éstas, y sobre el marco de sus puertas, hay este lema: *Ave Maria, año de 1754*, etc., etc., y así en algunas casas de este jaez que aun subsisten en pié. Al ver estos monumentos que nos recuerdan los cuentos fantásticos de la cuna por nuestras madres, aunque tocamos

la vejez, tan grata nos es su vista, que si perteneciésemos á Mendoza y algo de accion tuviésemos en la cosa pública, los restaurariamos de la incuria del tiempo para venerar en ellos á nuestros antepasados.

Hasta aqui nuestras reminiscencias de viaje de cordillera, mis queridos é inolvidables amigos. Voy á atravesar la inmensa pampa: tal vez traiga ella á mi mente algun destello de mis impresiones en una época de la vida en que empieza á declinar hácia su ocaso. Si ella viniese á alumbrarme, les hablaré desde el Plata.

Hilarion M. Moreno.

Mendoza, Febrero 4 de 1861.

La Guardia Nacional y las excepciones del servicio.

Aun en las cuestiones mas pequeñas, cuya poca importancia hace que se consideren friamente, los resultados que puedan tener, se encuentran siempre comprometidos los grandes principios de equidad, que deben regir á los encargados de gobernar al pueblo, y de garantizarle su libertad y sus derechos, cuyo desconocimiento, es en el mejor de los casos, una violacion de la justicia, que debe siempre combatirse con el entusiasmo que inspira, la defensa del derecho común unido al derecho individual.

Sobre todo, son las pequeñas injusticias, que se presentan con un título siempre agradable para el pueblo que vá á soportarlas, las que mas severamente deben censurarse y aquellas cuya desaparicion es necesario que se efectúe para que respiren con libertad los pulmones sociales. Porque no son los grandes abusos que se cometen y contra los cuales protesta indignada la sociedad entera, aquellos que vician la conciencia pública; sino, las pequeñas injusticias, las que van á proteger á una mínima fraccion en menoscabo de los intereses de la comunidad, y las que infiltrándose lentamente en la conciencia pública, se difunden, se esparcen, y la corrompen hasta el punto, de que se llegue á creer una necesidad y un beneficio, lo que no es mas que una explotacion que se hace de los pobres, en favor de los privilegiados por la fortuna ó por la posicion.

Es lo que sucede en el caso de la Guardia Nacional. Una disposicion superior ha declarado exentos del servicio, durante los meses que faltan aun hasta los exámenes, á los estudiantes matriculados en la Universidad de la República.

Esta escepcion hecha en favor de una pequeña fraccion de la sociedad, que se encuentra ya protegida por la fortuna, puesto que los que se dedican á estudiar, ya sea simplemente por el deseo de instruirse ó para crearse en el porvenir un medio de obtener fortuna, son aquellos que preden dedicar la mayor parte de su tiempo á otra cosa que no á la premiosa necesidad de buscarse los medios de subsistencia—es tanto mas odiosa cuanto que no tiene la mas leve razon de ser.

Efectivamente, hemos tratado de buscar una razon cualquiera que apoyara una disposicion semejante, y no la hemos podido encontrar. La única, segun creemos que se ha dado, es que, en los últimos meses ántes de rendir exámen, los estudiantes están muy recargados en sus estudios, así es, que cualquier momento que se les

robe, les causa un perjuicio inmenso, y que además, el pequeño número que hay hace que el recargo sufrido por los Guardias Nacionales en servicio, sea muy insignificante. Este último argumento nos parece que no es tal. Saber si el número de los privilegiados es bastante pequeño para que sea poco sensible el perjuicio que reciben los que no se encuentran en ese caso, no es una cuestion de justicia, es simplemente una cuestion de aritmética y no queremos hacer ahora alarde de nuestros conocimientos en sumar y restar.

En cuanto á que los estudiantes necesitan, en los últimos meses, de todo su tiempo para poderse encontrar en aptitud de rendir exámen, nos parece tambien que no solo no es un argumento sino que es el sarcasmo que se une al abuso cometido.

No ya los que han dictado la disposicion, sino aun los mismos estudiantes, ¿creerán en conciencia que dedican todo su tiempo al estudio?

¿No vemos que todos, ó la mayor parte de ellos, son empleados ó comerciantes y solo dedican al estudio los momentos que les quedan libres despues de haberse buscado los medios de vivir? Y en este caso, ¿no seria mas natural que los estudiantes abandonaran sus empleos ó su negocio, para dedicarse á estudiar, que no el que el Gobierno les haga una concesion en favor no del estudiante, puesto que este, si tan premiosa fuera la necesidad de sus estudios, abandonaria su ocupacion, sino del empleado ó el comerciante, del trabajador en fin, que debiera ser considerado como uno de los infinitos obreros que construyen y sostienen la máquina social, cuya verdadera base y cuyo sólido cimiento, es la justicia, es la equidad? Y en cuanto á los pocos estudiantes que pueda haber, que se dediquen exclusivamente á estudiar sin que tengan otra ocupacion para llenar su tiempo, ¿no comprendemos ó no sabemos todos que gastan inútilmente, en diversiones ó en pequeñas cosas una parte de su vida mucho mayor y mas interesante que la que el Gobierno les concede al eximirlos del servicio de la Guardia Nacional? ¿Una prueba de esto no son todos los puntos de reunion que hay entre nosotros: nuestros teatros y nuestros bailes? En este caso, ¿no es mas natural que los estudiantes á quienes les falta el tiempo, abandonen sus diversiones, y así podrán cumplir con sus deberes de ciudadanos y de hombres estudiosos, que no que se acojan á un odioso privilegio, y abandonen la Guardia Nacional, para poder llenar sus necesidades de estudiantes, y sus pretendidas necesidades sociales, sus diversiones, sus paseos, todo aquello en fin, que sea simplemente un placer, del que no vaya á reportarse mayor beneficio que la satisfaccion recibida?

Por otra parte, el dictar la disposicion de que nos ocupamos, ¿no se comprendió perfectamente, que debe ser mucho mayor el número de los estudiantes sin matricula, que el de los matriculados, y que no es el título concedido por la Universidad, el que hace que un hombre sea ó no un verdadero estudiante?

¿No tendrian mas derecho, si es que puede emplearse esta palabra cuando se trata de cometer una injusticia—no tendrian mas derecho á ser exonerados del servicio, los

que en el retiro del hogar, se dedican á perfeccionar su inteligencia sin necesidad de ir á pedir á la Universidad, que los declare hombres estudiosos ó estudiantes de profesion; los que alentados por un insaciable deseo de saber, se empapan en el agua fecunda de la ciencia; los que llaman sin cesar á la puerta del vasto templo donde se guardan los conocimientos humanos, para pedirles el guia que los encamine, el faro que los dirija en la via de la libertad y la justicia; que muchos de los estudiantes de nuestra Universidad, y de las Universidades de todas partes, que solo tienen de tales, el título que les concede la matrícula?

Pero no necesitamos insistir acerca de esto, para que se comprenda cuán desprovista de razon, es la escepcion hecha en favor de los estudiantes, porque los argumentos que se presentan son tan sencillos que basta simplemente conocer la disposicion, para comprender que nada hay que pueda justificarla.

Sin embargo, como un corolario natural de lo que acabamos de decir, vamos á tratar de combatir, el verdadero espíritu de esa disposicion y la causa porqué se acepta, sino con entusiasmo al menos con tolerancia por la generalidad.

La cuestion que en ella se encierra es en nuestra opinion de trascendental interés. No es una cuestion local ó de circunstancias, sino una cuestion universal; es saber si los trabajos de inteligencia, son mas nobles y mas dignos de llamar la atencion de los gobiernos que los trabajos materiales, ó haciendo mas sensible esta idea al presentarla en un hecho práctico, si el estudiante de derecho, en iguales condiciones de capacidad é inteligencia, es mas provechoso para la civilizacion y para el adelanto, que el obrero ó el artesano.

Los pueblos, como la humanidad entera, tan inmensas máquinas construidas por la mano de Dios, en las que cada hombre es una rueda que tiene su parte de accion, pequeña ó grande, en el movimiento general; ruedas organizadas con una precision sublime, que se engranan las unas á las otras, que se unen, que se auxilian, que se empujan mas ó menos poderosamente, y todas reunidas vienen á formar ese movimiento universal, del que nacen la civilizacion y el progreso, y como sus resultados la libertad y la justicia.

El obrero en su trabajo, el artesano en su taller, no son solo productores materiales, son á la vez productores de inteligencia, son moralistas.

Desde que todo se une en la sociedad, que todo se enlaza, el mejoramiento que se haga de una parte cualquiera debe venir á refluir en bien de toda ella, y á civilizarla por consiguiente.

Prender que los trabajos de inteligencia son los únicos dignos de ocupar la atencion de los que anhelan el adelanto del mundo, es desconocer la dualidad del hombre y olvidar á la vez, que no hay un solo progreso material que no haga progresar la inteligencia.

Los trabajos de inteligencia, son la teoria; los trabajos materiales, son la práctica.

¿Qué es la teoria, dice Bastiat, sino la metódica esposicion de la práctica universal?

¿Y qué es la práctica, diremos nosotros, sino la teoria convirtiéndose en un hecho, materializándose, digámoslo así?

Si Voltaire y los filósofos del siglo XVIII nos parecen grandes, grandes tambien nos parecen Fulton y sus continuadores. El vapor es el verdadero elemento civilizador de nuestra época.

Los trabajos de la inteligencia son nobles y son grandes, pero los trabajos materiales, son tambien grandes y nobles.

Si los vastos resultados que estos últimos producen, no nos inspiran el mismo entusiasmo que nos causan los trabajos de inteligencia, es que el modo con que se producen es menos sensible á la mirada del observador. Es que los trabajos materiales mejoran la sociedad por la base, civilizan las masas, la clase baja del pueblo, en tanto que los de inteligencia se operan en la cúspide social, mejoran la parte brillante de la sociedad.

Así pues, ¿serán mejores los trabajos que mejoren las clases altas que los que mejoren las clases bajas de la sociedad? ¿Y podrá decirse que unos son mejores que otros, y que deben llamar mas la atencion de los gobiernos?

De ningun modo.

Y aceptando, lo que combatimos y combatiremos siempre, que haya un caso, en el que la proteccion sea provechosa ¿deben privilegiarse los Guardias Nacionales, que se dedican al estudio de la teoria y no los que quieren conocer la práctica? ¿los que tratan de perfeccionar el mundo por medio de la inteligencia y no los que quieren hacerlo progresar por medio de los adelantos materiales? ¿los que desean que llegue á todos ese pan del alma, la ilustracion, y no los que anhelan que se difundan por todas partes, ese pan del cuerpo, la riqueza?

Y en fin, ¿serán obreros mas dignos los que quieren encaminar el pueblo en la noble via del trabajo por medio de la palabra ó de la prensa, que los que quieren dirigirlo por medio del ejemplo?

Por nuestra parte, aunque obreros de la inteligencia, creemos que los mismos títulos á la consideracion pública tienen el artesano honrado y laborioso que trabajan en la perfeccion de un taller, que el sábio que trabaja en la perfeccion de la inteligencia, y que ámbos á dos se auxilian mutuamente.

José Pedro Varela.

Caprichos de tirano.

I.

Era una noche oscura y lluviosa del mes de Julio de 1846—Las calles de Buenos Aires desiertas y silenciosas parecian las largas galerias de un inmenso claustro—Era la época del abatimiento, de la postracion, del pueblo iniciador de la emancipacion del coloniaje.

El paso sordo de las patrullas que pasaban como grupos de sombras, evocada por el génio de la tempestad—y el grito ronco, seco, del sereno, que cantaba las horas, resguardado de la lluvia bajo el techo de un saguan ó en el hueco de una puerta, interrumpian por intervalos aquella monotonia sepulcral.

Un viento húmedo y glacial habia ido apagando la luz de los faroles.

En una de esas calles, se sintió de improviso un tropel de pasos, cuyo eco se confundía con el silbido del viento.

Por una de las veredas de piedra, levantadas sobre el nivel de la calle, que tanto abundan en las ciudades españolas, y que son el tormento diario de los niños traviesos y de los borrachos flojos de piernas, avanzaban cuatro hombres, en hilera, caminando con paso precipitado.

El que iba mas adelante, marchaba agachado, silencioso, envuelto en una larga capa de paño negro, y por la distancia respetuosa que mediaba entre él y los demas, parecia que existia entre ellos alguna diferencia social.

Los otros se conocia que eran militares, porque al asegurarse de los postes para no resbalar en las piedras bañadas por la lluvia, dejaban golpear las espadas que llevaban al cinto.

Habian andado algunas cuerdas en el silencio y observando el mismo orden de marcha, cuando al desembocar una calle, el hombre que iba adelante se detuvo como contrariado, empujando con el pié un objeto que parecia oculto entre las sombras de una esquina, cuyo farol lanzaba su postrer vislumbre.

Los tres hombres que lo seguian se fueron acercando en silencio, con la mano puesta sobre el puño de la espada y formaron círculo á su alrededor.

El hombre que parecia el jefe de aquel grupo, se inclinó al suelo y sacudió rícidamente el bulto que habia tocado con el pié.

El bulto permanecia inmóvil.

Volviólo á sacudir con marcadas muestras de disgusto.

El bulto permanecia insensible.

—¡Este hombre está muerto! registrenlo, dijo con voz breve é imperiosa.

Los tres hombres se acercaron y levantaron en peso el cuerpo que estaba tendido en el suelo.

Después de haberlo examinado, dijo uno de ellos:

—Es un borracho, Exmo. Señor.

La persona á quien se habia dado aquel título, guardó un instante silencio, y después dijo:

—Alcenlo entre todos y llévenlo á Palermo—Cuidado con que lo despierten!

II.

Estámos en la régia mansion del Dictador.

Por todas partes se vén militares de servicio, con casacas rojas y anchas divisas del mismo color en los ojales.

Palermo, era el bosque de Trianon, el Parque de los Ciervos, de la corte porteña.

Aquel gigantesco edificio que se alza en las playas arenosas del Plata, á distancia de media legua al Norte de la antigua capital del Virreinato, no era como hoy una especie de convento sombrío y solitario, rodeado por largas avenidas de sauces enfermos y descoloridos.

Entonces era la época en que Rosas habia traer de la embocadura del Rio Negro en la costa Patagónica, cargamentos de conchilla caliza, para rellenar el piso de las calles, y por todas partes se veian trabajadores, plantando árboles, nivelando terre-

nos, y obedeciendo en fin los terminantes caprichos, del señor omnipotente de Buenos Aires.

En una espaciosa pieza de aquel enorme edificio cuadrangular, cuyas puertas y ventanas estaban pintadas de un color vermejo subido, y cuyos largos corredores de arquería lo hacían asemejarse á un antiguo castillo feudal, estaba Rosas, aquella singular figura de la historia sud-americana, cuya misión en esta tierra nos parece todavía un arcano del destino, y en cuyo rostro había algo de la frialdad del mármol, y de la magestad del génio.

La puerta de aquella sala que estaba entornada, se abrió suavemente, dando paso á una joven de estatura mediana, de negros y melancólicos ojos, de esos ojos de quienes se puede decir como de Mignon, que estrañan su antigua patria.

—Tata, ¿me llamabas? dijo acercándose á Rosas, que no había hecho el mas ligero movimiento.

—Sí, Manuela. Vamos á divertirnos mucho—Anoche andaba recorriendo la ciudad, y encontré un borracho, que dormía como una piedra—Tuve un pensamiento feliz—Biguá y D. Eusebio me tienen hastiado.—Mandé que lo trajesen sin recordarlo, que lo acostasen en mi cama, que le mudasen la ropa blanca, y que me avisen cuando haya despertado.

—¿Y qué piensas hacer, tatita, con ese hombre?

—Vas á verlo—Sígueme al dormitorio. Vas á hacer todo lo que te diga.

Rosas se encaminó á la puerta, y salió acompañado de Manuela.

III.

En un lecho con colgaduras de damasco punzó, estaba un hombre sumido en un profundo sueño.

Era el borracho que había cambiado la dura cama de piedra de la vereda, por el mullido colchon donde Rosas pasaba sus largas noches de insomnio.

Un edecan con uniforme de parada se acercó al lecho, y tocó ligeramente en el hombro á la persona que dormía.

Esta, entreabrió los ojos, se los restregó en seguida con aire espantado, y tal vez persuadido de que estaba poseído de un sueño halagüeño, se dió vuelta al otro lado para seguir durmiendo.

Pero el edecan volvió á tocarlo, diciéndole:

—Exmo. Sr....

El borracho se sentó en la cama, se volvió á frotar los ojos, dirigió una mirada de confusión á los objetos que lo rodeaban, y dijo como hablando consigo mismo:

—O estoy soñando, ó estoy muerto.

—Exmo. Sr.... volvió á decir el Edecán con aire humilde y respetuoso.

—¿Exmo. Sr.! ¿Con quién habla este hombre? ¿Dónde estoy? ¡Si me habré enloquecido! decía el infeliz borracho, palpándose á sí mismo como para reconocerse.

—Exmo. Sr., volvió á insistir el Edecán, he venido á molestar á V. E., en razón de que anoche me recomendó que lo recordase á esta hora por ser hoy 9 de Julio, día de recibimiento oficial.

—¿Con quién me confunde Vd? Yo soy Juan Mendez, maestro sastre, nacido y cria-

do en el barrio del Alto—Pero, ¿qué quiere decir todo esto?

—Indudablemente V. E. debe estar enfermo, cuando no reconoce á uno de sus mas leales servidores—Yo soy el Edecán de servicio, Exmo. Sr., y vengo á recibir órdenes.

El borracho fijó los ojos en él, de esa manera vaga, flotante, que anuncia siempre una perturbación moral—Iba á abrir la boca para contestarle, cuando se abrió la puerta de par en par y entró Manuela con la sonrisa en los labios, acercándose al lecho con la mayor familiaridad.

—Tatita, has dormido hasta muy tarde—El Ministro inglés ha venido á visitarte. En la Secretaria tienes unos paquetes de comunicaciones que ha traído un chasque de San Nicolás—¿Quieres que te alcance la ropa para levantarte?

—Si yo no soy su tatita, hija—Yo soy Juan Mendez, maestro sastre, para servir á Vd.

Manuela se acercó al Edecán y le dijo en voz baja, pero bastante para ser oída por el pobre Juan Mendez:

—Hoy ha amanecido tatita de buen humor—Está con ganas de chancearse—Voy á aprovechar el momento para pedirle una gracia.

Juan Mendez estaba atónito, estupefacto; tan pronto se dibujaba una sonrisa en sus labios, como contraía las cejas en señal de disgusto—Miraba el cielo-raso del techo, se fijaba en la hermosa piel de tigre que estaba al pié de la cama, recorría con la vista las sillas, las mesas y los roperos del aposento, y después como desesperado se apretaba la cabeza, temiendo perderla en medio de aquel laberinto de emociones.

De repente, como haciendo un supremo esfuerzo; se encara al Edecán y con voz fuerte pero temblorosa le dice:

—Dígame, amigo ¿quién soy yo?

El Edecán se inclinó en prueba de respeto, y le contestó:

—S. E. el Restaurador de las Leyes.

Al oír estas palabras, Juan Mendez bajó la cabeza como oprimido por un inmenso peso, y pareció quedar sumergido en una profunda meditación.

En este intervalo, Manuela sacaba ropa y la colocaba sobre una silla al lado de la cama.

—En suma, exclamó el infeliz, vale mas ser gobernador que sastre. ¿Me responden Vdes. que yo no soy Juan Mendez?

—V. E. trata de aflijirnos....

—Bueno, seré como Vdes. dicen el Restaurador de las Leyes, aunque me parece que en este asunto anda metido el diablo.

—Tatita quiere hoy chancearse con Vd., dijo Manuela al Edecán con visibles muestras de alegría.

En esto Juan Mendez sacó las piernas fuera de la cama con intención de levantarse, y Manuela se dirigió á la puerta y salió.

En la pieza contigua se oyó algo como risas comprimidas, como cuchicheos alegres.

IV.

Juan Mendez estaba vestido con un rico traje militar, que le sentaba bastante bien, porque casualmente era de una estatura muy parecida á la de Rosas.

Después de vestido, vino un criado á anunciarle que estaba el almuerzo en la mesa, y que la niña Manuela lo esperaba.

El Edecán lo condujo al comedor, y en el tránsito encontraron algunos escribientes y oficiales, que se inclinaron con profunda reverencia, dejándoles libre el camino para que pasasen.

Juan Mendez entró al comedor y se sentó con alguna timidez en la cabecera de la mesa, donde estaba servido un almuerzo delicado—Comió poco y en silencio.

Al finalizar el almuerzo, Manuela le dijo con aquella sonrisa de ángel, que le conquistaba tantas simpatías:

—Tatita, hoy es día de fiesta cívica y tienes la costumbre de conceder algunas gracias en semejantes días—¿Quieres ver los memoriales que he recibido?

Juan Mendez permaneció un rato pensativo como luchando interiormente y le contestó:

—Está bien.

Manuela salió—Dos minutos después estaba de regreso con un montón de papeles en la mano.

Empezó á desdoblarlos.

—Esta es una súplica de una pobre madre viuda, que perdió dos hijos en la campaña de las provincias y en defensa de la santa federación—Pide que se le acuerde una pensión para educar á dos hijos menores que le quedan.

—Concedido—dijo Juan Mendez con voz de mando.

—Esta.....

—Se concede todo lo que pidan, la interrumpió Juan Mendez.

Manuela estuvo á pique de echar á perder aquella comedia—Apenas pudo ahogar la risa.

—¿Y no quieres, tatita, conceder alguna otra gracia? ¿Hacer una limosna á algunapobre para que Dios proteja á las armas federales?

Juan Mendez volvió á quedarse pensativo.

—No conozco mas pobre, dijo después de un rato de reflexión, que un Juan Mendez, maestro sastre, que vive en el barrio del Alto, y que cuanto gana, lo gasta en chuparse.

—¿Por qué no le concedes una limosna?

—Bueno, que se le den quince mil pesos para que ponga un taller en toda regla—El no ha de estar en casa, porque el día de fiesta desde la víspera lo pasa en la pulpería—Pero la mujer es una santa—Es una mártir, la pobre Magdalena!

El alegre semblante de Manuela, se anubló con una expresión de lástima y de tristeza.

V.

Así pasó todo el día—El pobre Juan Mendez había llegado á convencerse de que era en efecto el Restaurador de las Leyes—De aquí surgían los lances mas cómicos, capaces de hacer reír á un difunto.

Rosas que lo espiaba todo desde la pieza inmediata, estaba alegre, risueño, completamente contento.

Llegó la hora de comer.

Juan Mendez se sentó á la mesa donde le sirvieron ricos manjares y esquisitos vinos.

A pesar de ser Restaurador, no había olvidado la costumbre de beber. Se vació algunas botellas y quedó profundamente dormido.

Al verlo en ese estado, le avisaron á Rosas, quien entró riéndose á carcajadas.

—¡Pobre hombre! dijo poniéndose serio. Ha sido gobernador por un día, y después han de decir que la vida no es un sueño! ¡Manuela! todo lo que ha ordenado este infeliz que se cumpla exactamente.

¡También los tiranos saben hacer buenas acciones!

Al decir esto se sonrió, pero con esa sonrisa amarga y fría, que puede ser una burla ó un insulto.

—Ahora que está dormido, que lo lleven sin recordarlo, al sitio donde lo encontramos anoche. Que lo dejen allí conforme estaba, y con la misma ropa que tenía.

VI.

En la misma esquina, y á la misma hora, estaba Juan Mendez profundamente dormido.

El frío de la madrugada lo recordó. Se dió dos vueltas en el suelo, se restregó los ojos, miró á todas partes con aire atontado, y convencido de que no dormía, exclamó:

—¡Oh, qué sueño tan hermoso he tenido!

En seguida se puso de pié, dirigiéndose á su casa con paso lento, y pensando en aquel extraño sueño.

Su mujer salió á abrirle, pálida, llorosa, con las hondas señales del insomnio en el rostro.

Era una santa la pobre Magdalena!

Ella lloraba! El estaba serio, profundamente serio.

Aquel sueño le parecía un misterio, mil ideas inconexas flotaban en su cabeza.

A las 9 de la mañana golpearon la puerta.

Mendez salió á abrir.

Un ayudante le entregó un paquete de papel moneda.

—De parte de S. E. el Restaurador de las Leyes, le dijo.

—¿Qué es eso? preguntó Magdalena con curiosidad.

Mendez le tiró el paquete á las faldas y quedó sumergido en una profunda meditación.

—Caprichos de la suerte! exclamó de repente levantándose y abrazando á su mujer.

Entonces le contó el extraño sueño que había tenido.

Ninguno de los dos pudo explicarse aquel misterio—Durante muchos años fué su conversacion cotidiana.

Juan Mendez se olvidó de beber, y con aquellos quince mil pesos de capital, hizo una modesta fortuna.

Aquel capricho de la suerte, era el capricho de un tirano!

Discursos de Victor Hugo.

La *Revista Literaria* ha publicado ya algunos discursos de Victor Hugo que traducimos espresamente para ella, pero que no forman parte de las «Obras oratorias» del eminente escritor francés.

Victor Hugo, es muy conocido y bastante bien apreciado entre nosotros como poeta y como novelista, pero lo es poco como orador. Hasta las risueñas costas del Plata, han llegado claros y distintos los armónicos sonos de su lira; pero han llegado apenas los ecos de su voz, que tronaba en la tribuna de la Asamblea Constituyente y de la Legislativa, ó que se hacia escuchar menos sonora pero no menos profunda, en la Academia Francesa y en el Congreso de la Paz.

Nosotros, nos proponemos hoy, traducir para la *Revista* todos ó la mayor parte al menos de los discursos, que forman los dos tomos que bajo el título de «Obras Oratorias» de Victor Hugo, se publicaron hace algunos años en Bruselas, y cuya circulacion está hoy absolutamente prohibida en Francia.

No somos nosotros los que podríamos abrir una opinion sobre esos discursos, asi es que vamos á concretarnos simplemente á traducirlos, confiando en que los lectores de la *Revista*, los leerán con gusto y nos agradecerán el que lo hagamos.

José Pedro Varela.

El Congreso de la Paz.

DISCURSO DE APERTURA.

(21 de Agosto de 1849.)

M. Victor Hugo fué proclamado presidente. Se levantó y dijo:

Señores, muchos de entre vosotros, vienen de los puntos mas lejanos del globo, con el corazón lleno de un pensamiento religioso y santo: contais en vuestras filas á publicistas, á filósofos, á ministros de los cultos cristianos, á escritores eminentes; muchos de esos hombres considerables, de esos hombres públicos y populares que son las lumbreras de su país. Habeis querido fechar en Paris la declaracion de esta reunion de espíritus convencidos y graves, que quieren no solo el bienestar de un pueblo, sino el bienestar de todos los pueblos. (Aplausos). Venis á agregar á los principios que dirijen hoy á los hombres de Estado, á los gobernantes, á los lejisladores, un principio superior. Venis, en cierto modo, á dar vuelta la última y la mas augusta de las hojas del Evangelio, aquella que impone la paz á los hijos de Dios, y, en esta ciudad, que solo ha decretado la fraternidad de los ciudadanos, venis á proclamar la fraternidad de los hombres.

Sed bien venidos!

En presencia de semejante pensamiento, y de semejante acto, no puede haber lugar para un agradecimiento personal.

Permitidme pues, en las primeras palabras que pronuncio delante de vosotros, elevar la mirada mas arriba de mí mismo y olvidarme del honor que acabais de conferirme, para no pensar sino en la gran cosa que quereis hacer.

Señores, ese pensamiento religioso, la paz universal, todas las naciones ligadas entre sí, por un lazo común, el Evangelio como ley suprema, la mediacion sustituida á la guerra, ese pensamiento religioso, ¿es un pensamiento práctico? ¿esa idea santa, es una idea realizable? Muchos espíritus positivos, como se habla hoy, muchos hom-

bres políticos envejecidos, como se dice, en el manejo de los negocios responden: No! Yo respondo con vosotros, respondo sin hesitar, respondo: Sí! (Bravos—aplausos) y voy á tratar de probarlo.

Voy mas lejos aun; no digo solamente: Es un fin realizable; digo: Es un fin inevitable; su llegada puede retardarse ó apresurarse; pero nada mas.

La ley del mundo, no es ni puede ser distinta de la ley de Dios. Asi pues, la ley de Dios no es la guerra, sino la paz (Aplausos). Los hombres empezaron por la lucha, como la creacion por el caos (Bravo! Bravo!) ¿De adonde vienen? De la guerra; es evidente. ¿A donde van? A la paz; esto no es menos evidente.

Cuando afirmais esas grandes verdades, es justo que vuestra afirmacion encuentre la negacion; es natural, que vuestra fé encuentre la incredulidad; es lojico, que en el momento en que nos agitamos y nos desgarnamos la idea de la paz universal sorprenda y choque casi tanto como la aparicion del imposible y del ideal; es natural, que se clame contra la utopia; y en cuanto á mí, pobre y oscuro obrero en esta grande obra del siglo XIX, acepto esa resistencia de los espíritus sin que me asombre ni me desanime. Es posible que no hagais volver la cabeza y cerrar los ojos en una especie de deslumbramiento, cuando, en medio de las tinieblas que pesan sobre nosotros, abris bruscamente la deslumbrante puerta del porvenir? (Aplausos).

Señores, si alguno hace cuatro siglos, en la época en que la guerra existia de distrito á distrito, de ciudad á ciudad, de provincia á provincia, hubiera dicho á la Lorena, á la Picardia, á la Normandia, á la Bretaña, á la Auvernia, á la Provenza, al Delfinado, á la Borgoña: Vendrá un día en que no os haréis la guerra, en que no os levantaréis los unos contra los otros, en que ya no se dirá: los Bretones han atacado á los Provenzales, los Auvernianos han rechazado á los Burguñones. Tendréis sin embargo bastantes diferencias que arreglar, intereses que debatir, quejas que resolver, pero ¿sabréis lo que pondréis en vez de los hombres de armas? ¿Sabréis lo que pondréis en vez de vuestra infanteria, de vuestra caballeria, de vuestros cañones, de vuestras lanzas, de vuestras picas y de vuestras espadas? Pondréis una pequeña caja de madera que llamaréis la urna del escrutinio y de la que saldrá ¿qué? ¿una asamblea! una asamblea en la que os sentiréis vivir, una asamblea que será el alma de todos vosotros, un concilio soberano y popular que decidirá, que juzgará, que resolverá todo en ley, que hará caer el acero de todas las manos y surgir la justicia de todos los corazones, que dirá á cada uno: Allí concluye tu derecho, aquí empieza tu deber. ¡Abajo las armas! Vivid en paz! (Aplausos). Y ese día, sentiréis pensamientos, intereses y destinos comunes; os abrazaréis, os reconoceréis hijos de la misma sangre y de la misma raza; ese día no seréis ya pueblos enemigos, seréis un pueblo, dejaréis de ser la Borgoña, la Normandia, la Bretaña, la Provenza, y seréis la Francia. No os llamaréis la guerra, os llamaréis la civilizacion!

Si alguno hubiera dicho esto en aquella época, Señores, todos los hombres positi-

vos, todas las gentes serias, todos los grandes políticos de entonces hubieran gritado: «¡Oh, el soñador! ¡El loco! ¡Qué poco conoce ese hombre á la humanidad! ¡Qué locura original y qué quimera tan absurda!» Señores, el tiempo ha pasado, y ese sueño, es la realidad.

E insisto sobre esto; el hombre que hubiera hecho esa profecía sublime hubiera sido declarado loco por los sabios, por haber entrevisto los designios de Dios!

Pues bien! vosotros decís hoy, y yo soy de los que lo dicen con vosotros; todos los que estamos aquí, á la Francia, á la Inglaterra, á la Prusia, al Austria, á la España, á la Italia, á la Rusia les decimos:

Vendrá un día en el que las armas se os caerán de las manos á vosotras también! Un día en el que la guerra parezca tan absurda y sea tan imposible, entre París y Londres, entre Petersburgo y Berlin, entre Viena y Turin, como sería hoy imposible y parecería absurda, entre Ruan y Amiens, entre Boston y Filadelfia. Vendrá un día en el que tú Francia, tú Rusia, tú Italia, tú Inglaterra, tú Alemania, vosotras todas, naciones del continente, sin perder vuestras cualidades distintas y vuestra gloriosa individualidad, os fundiréis estrechamente en una unidad superior y constituiréis la fraternidad europea, absolutamente lo mismo que la Bretaña, la Normandía, la Borgoña, la Lorena, la Alsacia, todas nuestras Provincias, se han fundido en la Francia. Vendrá un día en el que no habrá otros campos de batalla que los mercados abriéndose al comercio y los espíritus abriéndose á las ideas. Vendrá un día en el que las balas y las bombas serán reemplazadas por los votos, por el sufragio universal de los pueblos, por el venerable arbitraje de un gran senado soberano, que será para la Europa, lo que el parlamento es para la Inglaterra, lo que la dieta es para la Alemania, lo que la Asamblea legislativa es para la Francia! (*Aplausos*). Vendrá un día en el que se mostrará un cañon en los museos, como hoy se muestra un instrumento de tortura, asombrándose de que tal cosa haya podido existir.

Vendrá un día en el que se verán á esos dos inmensos grupos, los Estados Unidos de América y los Estados Unidos de Europa (*Aplausos*) colocados en frente uno de otro, tendiéndose la mano por cima de los mares, cambiar sus productos, su comercio, su industria, sus artes, sus génius, desmontar el globo, colonizar los desiertos, mejorar la creacion bajo la mirada del Creador, y combinar reunidos, para sacar de ellos el bienestar de todos, esas dos fuerzas infinitas, la fraternidad de los hombres y el poder de Dios (*Aplausos prolongados*).

Y para que llegue ese gran día no serán necesarios cuatrocientos años, porque vivimos en un tiempo rápido, vivimos en la mas impetuosa corriente de acontecimientos y de ideas que haya arrastrado hasta ahora á los pueblos y en la época en que estamos, un año hace á veces el trabajo de un siglo (*Muy bien!*)

Franceses, Ingleses, Belgas, Alemanes, Rusos, Eslavos, Europeos, Americanos, ¿qué es lo que necesitamos, para hacer llegar lo mas pronto posible ese gran día? Amarnos! (*Inmensos Aplausos*)

Si! amarnos! En esa inmensa obra de la pacificación es el mejor medio de ayudar á Dios!

Porque ese fin sublime, Dios lo quiere! Y, para esperarlo, ved lo que hace por todas partes. Ved cuántos descubrimientos hace brotar del genio humano, descubrimientos que van todos á ese objeto, la paz. ¡Cuántos progresos, cuántas simplificaciones!

¡Cómo se deja dominar la naturaleza por el hombre! ¡Cómo la materia se hace mas y mas la esclava de la inteligencia y la servidora de la civilización! ¡Cómo las causas de guerra, se evaporan con las causas de sufrimiento! ¡Cómo se tocan los pueblos lejanos! ¡cómo se aproximan las distancias! y esa aproximación es el principio de la fraternidad!

Gracias á los caminos de hierro, dentro de poco la Europa no será mas grande que lo que era la Francia en la Edad-media. Gracias á los vapores, hoy se atraviesa mas fácilmente el Oceano, de lo que antes se atravesaba el Mediterráneo. Antes de poco, el hombre recorrerá la tierra como los dioses de Homero recorrían el cielo, en tres pasos. Algunos años aun y el hilo eléctrico de la concordia rodeará al globo y abrazará al mundo (*Aplausos*.)

Aquí, Señores, al profundizar ese vasto conjunto, esa inmensa reunión de esfuerzos y de acontecimientos marcados todos por la mano de Dios; al pensar en ese fin magnifico, la felicidad de los hombres, la paz; al considerar lo que la Providencia hace en favor y la política en contra, una reflexión dolorosa se presenta á mi mente.

Resulta de las estadísticas y de los presupuestos comparados, que las naciones europeas gastan todos los años, para el mantenimiento de sus ejércitos, una suma que no es menos de dos mil millones, y que si se agrega á ella el mantenimiento material de los establecimientos de guerra se eleva á tres mil. Agregad aun el producto perdido en los días de trabajo de dos millones de hombres, los mas sanos, los mas vigorosos, los mas jóvenes, la flor de las poblaciones, producto que no podeis avaluar en menos de mil millones y sacareis en conclusion que los ejércitos permanentes cuestan anualmente á la Europa, cuatro mil millones de francos. Señores, la paz acaba de durar treinta y dos años, y en treinta y dos años, la suma monstruosa de ciento veinte y ocho mil millones, ha sido gastada durante la paz para la guerra. Suponed que los pueblos de Europa, en vez de desconfiar unos de otros, de tener celos, de odiarse, se hubieran amado; suponed que se hubieran dicho que aun antes de ser Franceses, ó Ingleses, ó Alemanes, eran hombres y que si las naciones son pátrias, la humanidad es una familia; esa suma de ciento veinte y ocho mil millones gastados en la desconfianza, gastados en la confianza. Esos ciento veinte y ocho mil millones dados al odio, dadlos á la armonía! Esos ciento veinte y ocho mil millones dados á la guerra, dadlos á la paz! (*Aplausos*) Dadlos al trabajo, á la inteligencia, á la industria, al comercio, á la navegación, á la agricultura, á las ciencias, á las artes, y figuraos el resultado. Si desde hace treinta y dos años, esa gigantesca suma de ciento veinte y ocho mil millones, hubiera sido gastada de ese modo, ayudando la América

á la Europa, ¿sabeis lo que habria sucedido? La paz del mundo habria cambiado! los istmos estarían cortados, los ríos hondados, las montañas oradadas, los caminos de hierro cubrirían los dos continentes, la marina mercante del globo habria centuplicado, y no habria en ninguna parte ni landas ni bañados; se construirían ciudades allí donde solo hay desiertos; se formarían radas donde hoy solo hay escollos; el Asia sería devuelta á la civilización, el Africa al hombre; la riqueza brotaría de todas partes, de todas las venas del globo, por el trabajo de los hombres, y la miseria desaparecería! ¿Y sabeis lo que desaparecería con la miseria? ¡Las revoluciones! (*Aplausos*) Sí, la faz del mundo se cambiaría. En vez de desgarrarse entre sí los hombres, se esparcirían pacíficamente por el universo! En lugar de formarse revoluciones, se formarían colonias! En vez de llevar la barbarie á la civilización, se llevaría la civilización á la barbarie! (*Aplausos*.)

Ved, Señores, el abismo, en el que las preocupaciones de la guerra arrojan á las naciones y á los gobernantes; si los ciento veinte y ocho mil millones, que han sido dados por la Europa, á la guerra que no existía, hubieran sido dados á la paz que imperaba, digámoslo, y digámoslo bien alto, en Europa no se habria visto nada de lo que se vé en este momento; el continente, en vez de ser un campo de batalla, sería un taller; en lugar de ese espectáculo doloroso y terrible, el Piamonte abatido, Roma, la ciudad eterna, entregada á las oscilaciones miserables de la política humana, la Hungría y Venecia que luchan heroicamente, la Francia inquieta, pobre y sombría; la miseria, el luto, la guerra civil, la oscuridad en el porvenir; en vez de ese espectáculo siniestro, contempláramos la esperanza, la alegría, la felicidad, el esfuerzo de todos hácia el bien comun, y del magnifico movimiento de la civilización veríamos de todas partes, brotar el majestuoso pueblo de la Concordia universal (*Bravo! bravo!—Aplausos*)

Y cosa digna de meditar! son las precauciones contra la guerra las que han traído las revoluciones! Todo se ha hecho, todo se ha gastado por el peligro imaginario! Se ha aumentado así la miseria que es el verdadero peligro! Se han fortificado contra un peligro quimérico; se ha vuelto la mirada hácia el costado en que no estaba el punto negro; se han visto las guerras que no venían y no se han visto las revoluciones que llegaban... (*Aplausos prolongados*)

Sin embargo, Señores, no nos desesperemos. Al contrario, esperemos mas que nunca. No nos atemorícemos por conmociones momentáneas, sacudimientos necesarios, acaso, para las grandes concepciones. No seamos injustos para nuestros tiempos; no veamos en nuestra época otra cosa de lo que es. A pesar de todo es una época prodigiosa y admirable; y el siglo XIX, será digámoslo bien alto, la página mas grande de la historia. Como os lo decia hace poco, en ella todos los progresos se revelan y se manifiestan á la vez; los unos traen á los otros; muerte de las animosidades internacionales, desaparición de las fronteras en el mapa y de las aberraciones en los espíritus, tendencia á la unidad, mejoramiento de las costumbres, elevación del nivel de

enseñanza y de censo del nivel de las penalidades, dominación de los idiomas mas literarios, es decir, mas hermanos; todo se mueve al mismo tiempo, economía política, ciencia, filosofía, legislación, y converge al mismo punto, la creación del bienestar y la felicidad, es decir, y por mi parte, es el fin á que dedicaré todos mis esfuerzos, dentro, la extinción de la miseria, fuera, la extinción de la guerra (*Aplausos*).

Sí, lo digo al terminar, la era de las revoluciones se cierra; la era de los mejoramientos empieza.

El perfeccionamiento de los pueblos deja la forma violenta para tomar la forma pacífica: ha llegado el tiempo en que la Providencia va á sustituir á la acción desordenada de los agitadores, la acción religiosa y calmada de los pacificadores (*Si. Si.*)

En adelante el fin de la gran política, de la política verdadera, sera este: reconocer todas las nacionalidades, restaurar la unidad histórica de los pueblos y reunir esa unidad á la civilización por la paz, ensanchar sin cesar el grupo civilizado, dar buenos ejemplos á los pueblos aun bárbaros, sustituir los arbitrajes á las batallas; en fin, y esto lo resume todo, hacer decir á la justicia la última palabra, que el antiguo mundo hacia decir á la fuerza.

Señores, lo digo al terminar y que este pensamiento nos aliente, no es de hoy que la humanidad se ha puesto en marcha en esa vía providencial. En nuestra vieja Europa, la Inglaterra ha dado el primer paso y por su ejemplo secular ha dicho á los pueblos: Sois libres. La Francia ha dado el segundo y les ha dicho: Sois soberanos. Ahora demos el tercero, y todos reunidos, Francia, Inglaterra, Bélgica, Alemania, Italia, Europa, América, digamos á los pueblos: ¡Sois hermanos! (*Inmensa aclamación*).

Victor Hugo.

La Semana.

No ha dejado de ofrecernos algunos hechos dignos de consignarse la última semana, sin que por eso pueda decirse que los acontecimientos que en ella se han sucedido, desflorados ya por las gacetas de los diarios *político-industriales*, que todos leen—ofrezcan verdadera novedad.

Vivimos tan á la ligera, y de tal manera nos aguijonea y mortifica la impaciencia de presenciar sucesos imprevistos y nuevos, que desde luego se espondría á merecer la nota de *desenterrador de antiguallas*, el que pretendiese resucitar hechos que cuentan solamente dos ó tres días de fecha.

No se ven por nuestras calles mas que individuos é individuos (hablamos con respeto), de todos tamaños, clases y categorías, bebiendo los vientos en busca de noticias, y dirigiendo á cuantos encuentran en su precipitada marcha, estas palabras:

—¿Qué hay de nuevo?

En vano se les anuncia un asesinato á traición, cometido por un joven, hijo de familia, sobre un amigo, también hijo de familia; se cree que por una *flor silvestre* (estilo espléndido de *Gravrochito*.)

En vano se les grita á aturdirlos, que nuestros teatros, por falta de censura, se

van tornando sitios de exhibición de marrachos.

En vano se les relata la retirada de los Paraguayos, cosa que ya no estraña á nadie,

En vano se les dice esto y aquello...; se despiden como disgustados delo poco que ha acontecido por estos mundos de Dios.

Y déle con la reproducción de la eterna pregunta:

—¿Qué hay de nuevo?

★ ★

En literatura, aunque todo se plagia y se imita todo, tenemos algunas novedades.

Bien lo prueban las dos piezas últimamente estrenadas en Solís, y la que el Viernes á la noche se puso en escena en San Felipe.

¿Qué diremos de esas producciones *nacionales*?

La voz pública las ha sentenciado á ser sepultadas en el *carnero*, como acostumbra decir nuestros *espirituales* gacetilleros.

★ ★

Hemos entrado en la Semana fúnebre.

Deben suspenderse todas las diversiones

Se apagan todos los ruidos.

El mundo cristiano se recoje.

Los templos se enlutan.

Nuestras calles presentan de noche un hermoso aspecto.

Pero.....

Quisieramos que no se confundiera la verdadera Religión con lo que es farsa.

¿Nos entiendes, Fabio?

★ ★

Es difícil imaginarse una primavera mas deliciosa que la que estamos disfrutando.

El cielo, constantemente diáfano y sonriente, parece despertar en todas las almas esa alegre expansión que nos hace tan comunicativos y amantes de la sociedad.

¿Qué aspecto tan encantador presentan en esta época del año los paseos y calles de nuestra bella coqueta del Plata!

El pueblo se desborda por todas partes, ya en carruajes, ya á caballo, ya á pié, para gozar de los encantos con que le brinda la naturaleza.

Y sin embargo, ¡cuántos contrastes podemos presumir!

¡Cuántas almas, heridas por desengaños, vivirán envueltas en profunda tristeza!

Así es el mundo: al lado del que ríe, se vé al que llora.

★ ★

Las lectoras de la *Revista* se sorprenderán al encontrarse hoy con un desconocido al pié de esta *Semana*, y por cierto que tendrán razón; por eso es que queremos esplicar nuestra invasión á estas columnas.

Es preciso que sepan todas, que los caballeros *Chicot*, *Gravroche*, *Fray Genaro*, etc. etc. etc., son muy buenos muchachos,

pero pecan *capitalmente* (último pecado capital), y hete que hoy el *Director* de este periódico se vió en grandes apurillos, pues ya era hora de dar la *Semana* á la composición, y por do quier se le contestaba: ¡No! (1)

Nos resignamos, y tomamos la pluma para borrar á galope algunas carillas de papel, seguros de la benevolencia de las favorecedoras de la *Revista*, pues á no ser así, nos hubiésemos quedado quedos.

★ ★

Con lo dicho, basta, y hasta otro día, se despide de vosotras.

Salsipuedes.

Ultims soneto.

(DE ALBERTO CHAMISSO.)

Un niño.

Al amor cantó un tiempo y la hermosura
Tu lira de máfil tiernas canciones,
Oyéndolas, del pecho la amargura
Ibase al ruido de sus dulces sonos.

¡Mas se apagó tu voz...! A los moscones
Su red entre la noble encordadura
Tiende la araña... Aquellas vibraciones
Vuelven de nuevo á mi alma su ventura.

El poeta.

¡Oh niño! y cuanto mas que tú apetezco
La paz de mi alma triste y desolada....
¡Niño! yo hasta de lágrimas carezco...!
Canté cual la cigarra en la alborada....
Tan solo el cisne al bordo de la fosa...
Pero hablemos, amigo, de otra cosa....

Z. R.

Indiferencia.

(DE ENRIQUE HEINE.)

Me han de diferentes modos
Desgarrado el corazón;
Unas con su odio profundo,
Otras con su ardiente amor.

Han hecho infeliz mi vida,
Han amargado mi pan;
Unas odiándome mucho,
Otras amándome mas.

Con todo la que ha secado
Mi corazón de dolor,
¡Esa ni me ha nunca odiado
Ni nunca tenido amor....!

(1) Esto no reza con el fecundísimo José Pedro Cuasimodo

No hay regla sin excepción, y en este caso Varela es la excepción.

Al César lo que es de César.

S.

Sumario.

Historia natural y sebnatural, por B. M.—*La madre cristiana*, poesía por J. Velazquez y S.—*Oriental*, poesía por Fermin Ferreira y Artigas—*Armonías del destierro*, poesías por Ricardo Palma—*De la libertad*, por Edmundo About—*Claudia*, por J. O. B.—*Del estilo*, por Vicente F. Lopez—*Cartas de Roma*, por H. Taine.—*Viaje de Chile á Buenos Aires*, por Hilarion M. Moreno.—*La Guardia Nacional y las excepciones del servicio*, por José Pedro Varela.—*Caprichos de tirano*, por —*Discursos de Victor Hugo*, por José Pedro Varela—*El Congreso de la Paz*, por Victor Hugo—*La Semana*, por Salsipuedes—*Ultimo soneto*, poesía por Z. R.—*Indiferencia*, poesía por *